

VISITA DE TINIEBLAS

No deja de ser curioso que cuando un tema se convierte internacionalmente en moda literaria, como ocurre últimamente con el vampirismo, las contribuciones de autores españoles sigan siendo casi ignoradas hasta por los lectores de nuestro país. Desde luego, esta «Visita de tinieblas» no hace concesiones a los gustos del día: sus vampiros no son barrocos y manieristas como los de Anne Rice ni buscan el «glamour» adolescente de Stephenie Meyer; más bien al contrario, se atiene a las pautas más clásicas y no nos ahorra cementerios cubiertos de niebla, conventos malditos llenos de imágenes decapitadas, casonas señoriales decadentes y hasta serpientes de mirada hipnótica y aciaga. Pero es una novela notable que no merece pasar desapercibida por los auténticos degustadores del género. José María Latorre tiene una larga trayectoria como estudioso del cine fantástico, guionista de televisión, narrador de cuentos y novelista. Su colección de relatos terroríficos «La noche de Cagliostro» (Valdemar, 2006) permanece como un hito en la memoria de muchos aficionados, entre los que me cuento. Ahora publica una novela audaz porque no retrocede ante ningún arcaísmo, escrita con un estilo sobrio y pausado, llena de detalles sabiamente truculentos que esperan y convocan la complicidad poseída del lector adicto. No hay guiños irónicos posmodernos ni se trata de un «homenaje» al género (como dicen los que se avergüenzan de su tema o quieren disimular su torpeza) sino que se integra en él con total propiedad, busca el agobio, el escalofrío y logra a veces su máximo objetivo. Será cosa de la edad, pero a mí me ha gustado más que «Crepúsculo», qué quieren que les diga. Fernando Savater. Babelia. El País

En "Visita de tinieblas", José María Latorre se adentra en el vampirismo —en este caso en su versión femenina—, asunto que, por ejemplo, ya había abordado en su espléndido relato "El final de la noche", incluido en "La noche de Cagliostro"... Narrada en primera persona a través de la voz de Gonzalo Degás —joven que, aquejado de una crisis vocacional, decide abandonar el seminario en el que estudiaba para ordenarse sacerdote—, la novela nos va sumergiendo en un clima de creciente angustia y tensión, con un suspense muy bien dosificado por parte de Latorre, que estalla con la llegada de Gonzalo al caserón de su padre —quien de improviso, tras trece años viudo, ha vuelto a casarse—, donde sucederán extraños acontecimientos. José María Latorre da aquí nueva cuenta de su maestría en el género, pero también de que, como señaló en cierta ocasión, "el compromiso de un escritor es escribir buena literatura". El autor de "Visita de tinieblas" cumple con creces ese compromiso.

Carmen Rodríguez Santos. ABCD las Artes y las Letras

«Fragmentos de eternidad»

Si el mejor escritor español es aquel que no parece español, entonces José María Latorre es el mejor escritor español. Esta deducción o paradoja, que se me ocurrió durante la lectura de Fragmentos de eternidad, viene sustentada por la vocación claramente antipatriótica de su autor, que se desmarca de cualquier tipo de moda o tendencia de la literatura de estos pagos para agarrarse, como a un clavo ardiendo, a sus lecturas preferidas, generalmente extranjeras. Y también generalmente del siglo pasado e incluso de épocas anteriores, pues lo que Latorre no soporta es el presente. De hecho, si el presente viene representado por esos novelistas institucionales que además escriben en los suplementos de los periódicos, bienvenida sea su decisión, no por radical menos acertada. Pero no se engañen, porque todo eso significa igualmente un enorme respeto por los años en que la literatura española tuvo algo que decir, con lo cual Latorre se convierte en el más español de los escritores que no parecen españoles.

Dejémonos de rodeos, sin embargo, y digamos ya que José María Latorre es un escritor centroeuropeo del periodo de entreguerras. En Fragmentos de eternidad, el protagonista inicia su andadura en Sant Cugat, cerca de Barcelona, para terminar en Bolonia, pero en realidad el territorio mental en el que se desarrollan sus aventuras es el de Robert Musil, Hermann Broch o incluso Elias Canetti. Los ambientes y la inspiración con claramente italianos, perfilan paisajes ya recreados en otras de sus novelas, y no obstante uno tiene la sensación de que esas fronteras quedan sobrepasadas por una violentación de los espacios que tiene mucho que ver con la trilogía de Los sonámbulos: si en ésta Broch recreaba Centroeuropa para emitir un diagnóstico de todo el continente, en Fragmentos de eternidad Latorre establece lazos entre España e Italia para hablar de aquella herencia, es decir, de la imposibilidad de escribir y de narrar, pero también de la posibilidad de convertir esa imposibilidad en la posibilidad de otra escritura. Una nueva paradoja que podría convertir a Latorre en Italo Svevo, el más alemán de los escritores italianos.

Pero entonces también está Hoffmannstal. En realidad, esta nueva novela de Latorre es la Carta de Lord Chandos pasada por Auto de fe. Por un lado, la historia de ese escritor que ya no sabe qué escribir, que conoce a una historiadora del arte obsesionada con una pintora del Renacimiento y ahí entrevé una posibilidad de redención. Por otro, las tropelías de ese fanático religioso, fundador de una nueva iglesia, cuyo único propósito parece ser destruir los templos donde, según cree, anidan el mal y el demonio. La reflexión metalingüística contra la recreación grotesca, el mundo de la mente y el de una realidad que ha perdido sus marcas de identificación. Ahí está también Gombrowicz, por supuesto, pero sobre todo la gran tradición española del claroscuro goyesco y el esperpento, muy clara en el personaje del fanático, pero igualmente en los extraños habitantes de esa mansión boloñesa en ruinas, donde los restos del pasado sobreviven en medio de una decadencia fatal. De nuevo, el menos español de nuestros novelistas es el más respetuoso con su tradición, con la tradición de verdad, la tradición olvidada y silenciada por el poder cultural y económico.

No obstante, hay que detenerse un poco aquí y reflexionar, pues según lo dicho algunos podrían

pensar que Latorre no es Latorre, sino un compendio de influencias. Nada de eso, por supuesto. Latorre es un escritor con un montón de excelentes novelas a sus espaldas que un día tomó una decisión: escribiría “novelas juveniles” para demostrar que se puede seguir contando historias y “novelas para adultos” que hablaran de la dificultad que supone hacerlo. Una actitud esquizofrénica que le honra, pues casi nadie se ha planteado esa cuestión crucial en este país. Y una posición que enriquece su obra, pues cualquier lector medianamente avezado podrá descubrir rasgos de las primeras en las segundas y viceversa. Algunas de las “novelas juveniles” de Latorre son de una misteriosa complejidad, mientras que en sus “novelas para adultos” siempre comparece una pasión por el arte del relato que obliga a acelerar la velocidad lectora a partir de la primera página. Desde El año de la celebración de la carne, empero, su actitud se ha hecho más radical y parece empeñado en dar cuenta de una gran conspiración: mientras la información se expande, las conciencias se diluyen. El año de la celebración de la carne terminaba con su protagonista en Roma –otra vez Italia--, confundido en un monólogo interior que culminaba en la pura ininteligibilidad. Y Fragmentos de eternidad da un paso más en ese sentido al mezclar historias y puntos de vista, al repetir episodios contemplados desde perspectivas distintas, en medio de una escritura densa y envolvente que termina en un apocalipsis de proporciones lingüísticas y, por lo tanto, genocidas.

Pero esa estética de la disolución toma también otros derroteros en Fragmentos de eternidad. Primero las historias se bifurcan, se expanden en un torbellino de ideas y cabos sueltos que parecen abrir mil caminos narrativos. Después, todas esas expectativas quedan frustradas por una voluntad de clausura que atiende más al concepto que al relato, a la que no le importa dejar vías sin concluir o hacerlo por medio de un corte brusco. Resultan ejemplares, en este sentido, las páginas que el protagonista dedica a la pintora desconocida, en el fondo el inicio de su nueva novela, que se intercala en la de Latorre con repentino e improvisado fulgor. O la crónica de la relación amorosa entre el novelista y la historiadora, que empieza demasiado tarde para los cánones narrativos ahora de moda, pero que precisamente por eso permanece en la mente como una epifanía tan fugaz como seductora. O el epílogo, de extraordinaria ambigüedad, por una parte el cierre de la historia, por otra la sugerencia de que todo ha pasado como un sueño, de que la vida entera es un sueño espeluznante.

Hay varios elementos que hacen de Fragmentos de eternidad una novela inquietante y sugestiva, pero también otros muchos que le otorgan una calidez inaudita en estos tiempos de miseria y escasez. Conmueve ese retrato femenino de la historiadora confundida con una prostituta, esa mujer seria y cabal enjaulada en un mundo de locos. Conmueve la andadura del escritor que no sabe qué escribir, también perdido en un universo desquiciado que tampoco puede reflejar. Conmueve incluso ese fanático que pretende acuchillar cuadros y boicotear iglesias, todo en nombre de un ideal ambiguo, producto de un entorno que lo sobrepasa. Y conmueve, sobre todo, el arte del propio Latorre, la libertad con que se ha enfrentado a un material como éste, la ausencia de prejuicios con que aborda la insensibilidad contemporánea a partir de una sensibilidad exacerbada, su independencia creativa y el hecho de que Fragmentos de eternidad sea, por todo ello, una novela inolvidable que se lee como un relato de misterio y se digiere como un tratado de filosofía.

Carlos Losilla. Revista Turia. Noviembre 2007.

De esta novela me gustaría destacar ante todo, justo porque es en lo que resalta de modo fulgurante, el enorme despliegue de historias que se cruzan en una apretada trama. Desde luego, incluso, porque la narración pasa de la primera a la tercera persona sin que se note forzamiento alguno en el currir de la historia, lento, acompasado, denso, casi en espiral, dejando entrever poco a poco fragmentos de realidad pero de manera muy medida, discreta, llegando así a un final inesperado pero previsible, lo que refuerza su enorme coherencia interna. Porque es esta cualidad lo que hace que posea una atmósfera irrepetible, la que proviene de narrar mundos cerrados, donde la realidad parece desvanecerse a favor del sueño y del deseo, del miedo y del ansia infinita de ternura. Esta literatura del encierro tiene ilustres precedentes, desde Sade al Julien Gracq de El castillo de Argol, pasando por los decadentistas hasta llegar a Huysmans... De todos ellos se encuentran ecos en esta novela, que no deudas, porque lo que consigue el autor aquí es ofrecernos un espejo de nuestra época mediante ese uso de la atmósfera cerrada, pero los elementos de que se vale son modernos, hasta el punto de que en cierta manera este libro puede leerse como una interpelación a ciertas modas actuales.

La trama que sirve de hilo conductor no es nada enrevesada, incluso tiene todas las trazas, al principio, de una narración de corte realista: Daniel Peirona, un escritor un tanto a la deriva, se refugia en Bolonia huyendo de una situación intolerable y de una sensación de extrañamiento que le acosa y de la que no logrará desprenderse a lo largo de la novela (esa sensación constituye uno de los logros mayores de la obra), hasta que, finalmente, caiga en la cuenta de que está ya instalado en un mundo de vidas clausuradas. En medio, un asesinato y una expiación de diecisiete años, personajes excéntricos en un palazzo que parece sacado de la atmósfera de un Aretino y, sobre todo, la personalidad dominante de Vittorio Pontiggia, creador de la Iglesia de la Refundación, detector de lo satánico y teórico de las sectas.

Lo satánico, la decadencia, la opacidad de un mundo que se disgrega, la necesidad de un refugio... Con estos ingredientes José María Latorre ha creado una historia que pasa por ser metáfora de nuestra época, un tiempo que parece buscar a gritos su expiación, su plegaria atendida. El libro cumple con creces estas expectativas.

Juan Angel Juristo. ABCD las Artes y las Letras.

“La noche de Cagliostro y otros relatos”

«Hasta cierto punto, podría leerse este libro como un muestrario de los temas y preocupaciones de su autor, uno de los narradores más versátiles y ricos en registros del actual panorama literario español. Esta quincena larga de relatos se centran en la temática terrorífica, pero lo hace a partir de elementos muy distintos: desde la recreación del relato de fantasmas de factura clásica, a la de inquietantes y claustrofóbicas atmósferas, paseos por las ruinas o la compañía de monstruos tangibles, casi humanos... Latorre juega a deslumbrar al lector no sólo con sus idas y venidas del presente al pasado, su recorrido italiano o sus conexiones entre unos relatos y otros, sino —lo más esencial—

con su elegante y envolvente prosa, fruto de mucho oficio pero también de la voluntad de ofrecer algo más que una historia magnífica. Hay muchos motivos para leer esta pequeña joya. Uno de los más poderosos podríamos encontrarlo en el interesante relato que da nombre al volumen. Personajes angustiados, diálogos teatrales y, de fondo, una Venecia hundida en las sombras de una claustrofóbica noche».

Care Santos. El Cultural. El Mundo

La aparición de este libro debe llenar de alegría a los aficionados a la literatura fantástica. El lector tiene la posibilidad de disfrutar de unos relatos modernos del género sin que disminuyan las calidades propias de un relato de terror clásico, uno de los placeres más poderosos e insustituibles de la existencia humana. Latorre, autor fértil y maestro de la crítica cinematográfica, condensa lo mejor de esa literatura y ofrece un abanico variado de los temas importantes (si añadimos el relato "La sonrisa púrpura" incluido en la antología "La maldición de la momia", también en Valdemar, el catálogo está casi completo).

Que la mezcla entre el clasicismo y la aportación novedosa es una aspiración consciente del autor se observa en el magistral cuento "El final de la noche" sobre el tema del vampirismo. La narración se aproxima lentamente hacia la oscura verdad que se va revelando mediante pequeños detalles mientras se compone una densa atmósfera mortuoria. Un extraordinario personaje secundario, el doctor Davis, trasunto de Van Helsing, que muestra diferentes rasgos de sí mismo en cada aparición sirve para puntuar adecuadamente la llegada de un final con savia nueva, la rebelión contra la muerte. La muerte, precisamente, alcanza plástica visibilidad en el cuento que da título a la colección, ambientado en el carnaval veneciano, un conjunto de rituales perversos y espacios malsanos con los nobles puestos en la picota.

Y otra ciudad italiana, Florencia, es el escenario principal de "Por amor a Antonella", una historia jamesiana de amor imposible donde hallamos la carta escondida, el buró antiguo y misterioso y el enigmático anticuario que ejerce de iniciador. No falta el relato protagonizado por el artista que siente la atracción del abismo con un planteamiento radical de la pregunta filosófica sobre la naturaleza del conocimiento. Resulta admirable cómo resuelve Latorre el relato "Tren de cercanías" que cuenta sucesos de un día ordinario por un narrador que podría ser el propio autor o cualquiera que se dedicara a la literatura y donde lo fantástico sólo se da al final, una imagen poética, sugerente, meditativa. Otro cuento, "Frente a la tumba", consta sólo de una línea y tres palabras, pero lo que está claro es que en todos ellos brilla la concepción tan personal que su autor tiene de la literatura, su insobornable afán de ir siempre un paso por delante de lo esperable. Sí, la literatura está de enhorabuena.

Lluís Satorras. Babelia. "El País". 2006.

La obra de José María Latorre evidencia un tipo de perfección que hoy en día ya sólo puede detectarse en la arquitectura y en la pintura figurativa. Sus virtudes son más obvias que las del arte abstracto, cuyos principios y reglas no son fáciles de desentrañar, con lo cual evaluarlo es cualquier cosa

menos una tarea sencilla (¿cómo se sabe si es mejor un cuadro de Jackson Pollock que uno de Mark Rothko?, ¿cuáles son las reglas que hacen que una novela de Menchu Gutiérrez sea superior a una de Ray Loriga?). Aunque las historias propuestas por el escritor zaragozano no carecen de elementos especulativos, ante todo se imponen como modelos de construcción narrativa, en los que ciertas rimas y reiteraciones remiten no sólo a la música sino también a un tipo de poesía sin miedo a la sordidez (como la de Charles Baudelaire o el conde de Lautréamont). De algún modo, podría decirse que José María Latorre evidencia al mismo tiempo una extrema delicadeza compositiva y una absoluta desinhibición con respecto a los temas que aborda (sean la muerte, la decadencia, el sexo, el ocultismo, la violencia o la degradación moral), tratados siempre con una naturalidad similar a la que Balthus o Paula Rego utilizan en sus retratos de niñas de complicados temperamentos, cuyas posturas suelen ser bastante provocativas. Algo así obliga al lector a dejar la comodidad de lado, y abre las perspectivas de cada historia más allá de los márgenes en los que suele moverse la literatura comercial, demasiado preocupada por agradar como para arriesgarse a plantear que puedan confundir o incluso molestar, poner en duda nuestra atribulada identidad. Resulta un reto. Nos cuestiona. Hace una llamada de atención para evitar el conformismo que a medio plazo nos convierte en seres inseguros e intransigentes. En ese sentido, podría decirse que estamos ante una de esas voces que mantienen con vida una tradición cultural exhausta y, hasta cierto punto, demodé; y que en ella podemos seguir escuchando buena parte de las cosas que se han ido silenciando en Europa en los últimos años.

José María Latorre nació en 1945, en un momento clave para Occidente, que estaba a punto de cambiar de forma radical pero que todavía mantuvo sus antiguas constantes durante un tiempo. De algún modo, su carácter se forjó en la intersección entre dos visiones contrapuestas de la ficción, en las que el presente se debatía entre una necesaria mirada al pasado, para cimentar con él una base humanista en todas las sociedades, y un futuro lleno de incertidumbre, en el que casi nadie era capaz de encontrar signos de esperanza. Su obra se puede considerar una especie de bisagra, con puntos de contacto con la modernidad y el clasicismo. Eso explica su capacidad para moverse con semejante facilidad por el siglo XVIII, la época victoriana, el periodo de entreguerras o la actualidad. También nos aclara la falta de elementos regionalistas de sus relatos, que pueden suceder en cualquier lugar, en cualquier país... Su mapa personal carece de fronteras, en la medida en que tampoco existen líneas divisorias en los universos de escritores como Alvaro Cunqueiro, Jorge Luis Borges, Claudio Magris o W. G. Sebald. Además, su manera de entender la literatura es abierta, como lo era a principios del siglo XX, para que de ese modo en ella tengan cabida las restantes artes, estableciendo un diálogo entre sí y proporcionándose elementos unas a otras.

"La noche de Cagliostro y otros relatos de terror" puede entenderse como un conjunto de piezas musicales (sonatas, cuartetos, tríos, motetes) o como una sinfonía. Es a la vez una "summa" y una actualización de temas, una revisión y una reescritura. Sus páginas describen extrañas enfermedades, calles solitarias, habitaciones de hotel, viejos muebles, lienzos enigmáticos, fiestas infantiles, un siniestro fotomatón... Imágenes que no aspiran a

probar nada por sí mismas, porque detrás de todas hay un código que las organiza y les da sentido, aunque a menudo éste se nos escape o prefiramos fingir que no nos incumbe. Provocan visiones que nos conducen a una parte de la realidad que mantenemos en los márgenes para evitar su fealdad, que desestabiliza nuestras inestables seguridades. A lo largo del libro se atraviesan muchas ciudades italianas en las que los antiguos palacios renacentistas se confunden con restos del Imperio Romano, dando forma a un extraño paisaje en el que el presente resulta un anacronismo. La realidad entonces adquiere rasgos propios de la fantasía. Y los fantasmas incorpóreos (como los de los relatos "Silencio" o "El lecho vacío") se confunden con amenazas más humanas (como las que aparecen en "Una historia paduana" o "Seguridad ciudadana"). Hay puertas que conectan los cuentos con antiguas novelas del autor. Se repiten escenarios, profesiones, miedos... Los personajes viajan en tren, se alojan en pensiones, observan desde una ventana... Las redes intertextuales se abren y se cierran. El protagonista de "Por amor a Antonella" no sólo protagoniza una historia de amor extemporánea, sino que también escribe el relato "Tren de cercanías", que ya habíamos leído al comienzo del libro...

Las páginas de "La noche de Cagliostro y otros relatos de terror" nos sirven para reparar en los escenarios que algún día forjaron los mitos que hoy asociamos a las ruinas, a los vestigios del pasado, a las casas abandonadas. Se trata de mitos que tienen que ver con un tipo de literatura llena de efectos de sonido, ópticos, olfativos e incluso táctiles, no porque José María Latorre crea que el mundo en que vivimos es el mismo que escuchamos, vemos, olemos o tocamos, sino precisamente por todo lo contrario: porque intenta ir más allá de lo que podemos percibir con facilidad, para adentrarse en los vastos territorios de lo desconocido. Sus cuentos y novelas se mueven al mismo tiempo entre lo real y lo onírico, y tienen un poder de extrañamiento muy parecido a los mejores cuadros de Giorgio de Chirico o Paul Delvaux, a novelas sonámbulas como algunas de Leo Perutz o como "Las ventanas cegadas", de Alexandre Bona. Y en un universo como el nuestro, en el que reinan las imágenes digitales y el ciberespacio (que producen la sensación de que tenemos acceso a todo), apenas quedan autores como José María Latorre, capaz de seguir guiándonos hacia esas lejanas regiones donde, si no vencemos nuestros miedos más íntimos, nuestra razón deja de ser operativa.

Hilario J. Rodríguez. Blog La tormenta en un vaso. 2006.

De literatura fantástica entreverada con prosa viajera dan razón las dieciséis piezas que componen la última recopilación de relatos del escritor zaragozano. Dieciséis narraciones de extensión varia, que van desde la micronarrativa de las quince palabras de «Frente a la tumba», o los novecientos caracteres de «El hombre del ascensor», hasta el coqueteo con la novela corta de «El final de la noche», «Por amor a Antonella» y «La noche de Cagliostro».

Como sucedía en sus anteriores «Relatos desde la muerte» (1999), el tema de la muerte, la certeza de la mortalidad y de la extinción corporal, la dolorosa conciencia de la caducidad humana, la fugacidad de los goces terrenos, atraviesa de principio a fin «La noche de Cagliostro». Aunque, en mi opi-

nión, desde una mayor alacridad de estilo. Hay en la prosa de esta última colección una ingravidez, una ligereza en su discurrir, que parece manar de un intenso placer por contar historias, a su vez potenciador de la fruición lectora.

En sintonía con el universo creativo del autor, la mayoría de los protagonistas de las historias de este libro son, por condición o por vocación, personajes de talante elitista. Figuras de espíritu ajeno a la vulgaridad, personas de cultura desmarcadas de las convenciones de un entorno banalizado, cuyo altanero autoexilio es mucho más que un mero repliegue misántropo. Estos personajes solucionan la soledad en multitud optando por la virtud de saber estar solos, cosa no al alcance de cualquiera. El mordaz talante desdeñoso de buena parte de ellos tiene que ver en no pocas ocasiones con que, en realidad, aman las cosas mucho más de lo que dan a entender, siendo su acritud personal una consecuencia de ese amor apasionado en denodada lucha contra el desengaño. Eso es lo que sucede con el pintor Hugo Basoras de «Número ausente», quien en palabras del narrador "apreciaba todo más de lo que creáis... Era la pasión lo que le hacía hablar como lo hacía..., en él no había lugar para la hipocresía ni para la mediocridad". Unas conclusiones que podrían aplicarse al escéptico José María Latorre, a menudo muñidor de ficciones con sabor apocalíptico donde el terror no siempre se ciñe exclusivamente a lo paranormal.

De terrores cotidianos nada sobrenaturales habla en esta colección de relatos «Una historia paduana», con su fantasma del horror social corporeizado en la maledicencia: la rumorología es el instrumento al que en este caso se acude para tratar de desvelar el mundano enigma de un hombre, la cual se propaga como un virus maligno a poco que halle asideros. O «Seguridad ciudadana», con su psicoanalítico desdoblamiento de personalidad. El asunto del doble también preside «El doctor Kapek en la habitación 111», crónica de la proyección del otro en uno mismo, y «El lecho vacío», fábula en torno a la materialización fantasmal de los miedos propios. Por su parte, «Tren de cercanías» y «El prestidigitador» se erigen en alegoría de la angustia del ser humano ante lo inexplicable mediante sus alóxicos bucles espacio-temporales.

Algún crítico ha comentado, con razón, que en este volumen el escritor aragonés no sólo no recela del tópico sino que en más de una ocasión parece salir a su encuentro. Buena prueba de ello son las nervaduras góticas del carnaval veneciano de «La noche de Cagliostro» y la llamativa fantasía vampírica titulada «El final de la noche». Llamativa precisamente por seguir al pie de la letra los arquetipos de este tipo de relatos para, a partir de la interpretación que de la inmortalidad hace el protagonista, darles una considerable vuelta de tuerca. Es innegable la habilidad de Latorre como remodelador de los materiales genéricos de la tradición sin menoscabo alguno de su genuina idiosincrasia.

Los paseos por lugares como la Venecia del siglo XVIII, la Inglaterra victoriana o, citando un tercer ejemplo, la Florencia actual —cuyo presente se conecta misteriosamente con el pasado a través de los vestigios de éste en el cuento de fantasmas «Por amor a Antonella»— hacen respirar a «La noche de Cagliostro y otros relatos de terror» un poco al modo de un libro de viajes. De viajes por el espacio geográfico y por la línea del tiempo, de viajes tanto físicos como interiores. Unos itinerarios que en ocasiones dejan vislumbrar una pulsión autobiográfica que se imbrica en la ficción bajo la forma de

verosimilizadoras notas de bitácora tomadas del natural, ayudando a compartir la historia desde una mayor sensación de cercanía íntima. Esto y la desenvoltura de José María Latorre a la hora de insertar lo prodigioso en la realidad cotidiana contribuyen a que el lector tome conciencia de lo fantástico con total naturalidad. Porque lo fantástico sólo existe en tanto en cuanto se toma adecuada conciencia de ello. Y sin la (necesaria) asunción de la fantasía siempre ignoraremos una aportación nada desdeñable de eso que los seres humanos convenimos en denominar "realidad".

José Havel. Revista "Clarín" núm. 65

Un fascinante recorrido por los territorios de lo fantástico, a través de dieciséis relatos, donde la imaginación más desbordada y la escritura más refinada nos devuelven a toda una serie de personajes de ese otro lado oculto, bello, inquietante y siniestro, propio del género. Un magistral libro.

Revista Librería A-Z. Galicia.

No es cierto que la literatura española esté viviendo otra edad de oro, como se empeñan en vocear los medios de comunicación. Al contrario, todo esto da la impresión de ser un invento prefabricado, una sopa de autores cocinada por algún publicista malévolos. No importa que a algunos se les traduzca a no se cuántas lenguas, ni que otros reciban premios por doquier, ni que los de más allá vean sus novelas adaptadas por una industria cinematográfica que, por otra parte, no resulta menos virtual que la literaria. Digámoslo ya: el mundo editorial apesta. Y sólo algunos resistentes, guerrilleros que se enfrentan a una globalización mal entendida, son capaces de proporcionar emociones, al fin y al cabo la misión de cualquier obra artística. Viene todo esto a cuento porque José María Latorre es uno de esos cabezotas, un autor de los pies a la cabeza que no cesa en su empeño de conseguir una literatura adulta, honesta, ajena a modas y modismos. Es curioso que todo eso lo consiga, en buena parte, con sus relatos "juveniles", de gran éxito, aunque se trate de uno de los corpus más maduros de la narrativa española actual. Pero a la vez es muy triste que no corran la misma suerte sus novelas "adultas", entre las que se encuentran algunas de las más contundentes de la contemporaneidad de este país, aparte de constituir, en su conjunto, un itinerario hacia la modernidad tan doloroso como exultante: sin ir más lejos, *El año de la celebración de la carne* (2000) y *El silencio* (2002) merecerían constar desde ahora mismo en cualquier antología mínimamente seria de la literatura española de hoy.

Sea como fuere, con el fin de consolarnos un poco respecto a esta situación lamentable, aparece ahora una colección de cuentos de Latorre capaz de dejar boquiabierto al más pintado, tal es su fuerza y su perfección, su extremada variedad y la inverosímil fidelidad que el autor muestra en ella en relación a su universo de siempre, empeñado últimamente en una carrera desbocada hacia una especie de experimentación invisible, disfrazada tras las máscaras de un límpido neoclasicismo. Los libros de narraciones cortas de Latorre —como *Fiesta perpetua*, *Doble vida* y *Relatos desde la muerte*— siempre han mostrado un extraño eclecticismo que los convierte en perversos caleidoscopios, puzzles siniestros donde el movimiento de cualquier pieza podría dar lugar a un cataclismo de imprevi-

sibles consecuencias. Sin embargo, *La noche de Cagliostro* y otros relatos de terror va aún más allá al proponer todo un catálogo comentado de la manera propia de Latorre, ese estilo refinado que suele desembocar en el enfrentamiento cara a cara con el horror innombrable, lo cual, por supuesto, genera a su vez sutilísimos juegos verbales, lingüísticos y genéricos. Aquí hay cuentos para todos los gustos: desde los más tradicionales –como el que da título al libro o “Por amor a Antonella”, un prodigio de inspiración cervantina y resolución italianizante— a los más vanguardistas –“El desconocido del ascensor” o “Frente a la tumba”, respectivamente en novecientos caracteres y... ¡una sola línea!–, pasando por las gamas más variadas. De las ambientaciones góticas o decimonónicas, que delatan el gusto del autor por paisajes pretéritos más cercanos a la metaliteratura que a la mera nostalgia, se pasa sin solución de continuidad a los territorios posmodernos, donde el terror se hace más cotidiano y no menos convincente, entrelazado en arabescos conceptuales donde se enmarañan temas como la pérdida de la identidad o el vacío existencial. No en vano uno de los temas mayores del libro es, precisamente, la nada, la extraña materia de la que se nutre el extraordinario “Número ausente” (Premio Literario Villa de Benasque 2005), y que culmina en el que, para mí, es uno de los cuentos más inquietantes, densos y penetrantes de la literatura española reciente, “El doctor Kapek en la habitación 111”, una reflexión metafísica sobre la desaparición, el doble y el fantasma, que logra un inverosímil casamiento entre la tradición y la modernidad, entre Hoffman y Buzzati.

Podríamos analizar con más detenimiento “Tren de cercanías”, “Silencio” o “Instantáneas”, sobre la soledad urbana y la esquizofrenia contemporánea, o también otras narraciones de corte más clasicista como “El final de la noche”, pero, de cualquier modo en que se mire, *La noche de Cagliostro* y otros relatos de terror nunca deja ver del todo sus aristas, sus incontables matices, su infinidad de luces fascinantes, a la manera de los destellos de una piedra preciosa. Si hay algo que pueda definir la literatura de Latorre, el camino que ha recorrido hasta llegar aquí, es su progresiva pasión por el fragmento, por la obra cortada a hachazos. Es el mismo combustible que aviva sus comentarios cinematográficos, siempre tan audaces y personales, y que ya podía verse en sus primeras novelas, pero que ahora se materializa en textos y ficciones que no sólo utilizan ese concepto como técnica, sino también como tema: la descomposición del cuerpo y de la carne, uno de sus asuntos mayores, se traslada así a la descomposición de la escritura, que constituye el eje de sus últimas novelas y que en *La noche de Cagliostro*... alcanza una cima inigualable: de la enunciación más escueta a la retórica construida en volutas, de la rememoración a la crónica, del diálogo con la tradición al salto mortal sin red, estos relatos no sólo consagran –si es que aún resulta necesario— a José María Latorre como el maestro de la literatura fantástica española de la actualidad, sino que lo revelan finalmente también como un autor realista, como un revelador de esa realidad que se oculta tras las apariencias y que continúa siendo la misma que hace cientos de años: el rostro del vacío, la silueta de la nada. En fin, palabras como humo que dejan entrever la niebla inveterada de la vida.

Carlos Losilla. Revista de Literatura Rey Lagarto. Asturias.

Un escritor de culto

José María Latorre es un creador casi compulsivo, que escribe sin parar. En su haber cuenta ya con

más de una treintena de novelas, ensayos y recopilaciones de cuentos. Afincado en Barcelona desde 1982, es un escritor de culto, alejado de los círculos promocionales que imponen las grandes editoriales. “Esto me gusta porque hace que me sienta un escritor libre. Si estuviera en la rueda de la fama, saliendo continuamente en los papeles, me vería obligado a escribir siempre lo que quieren leer, pero así no tengo que hacer lo que esta de moda”, afirma satisfecho.

José Luis Solanilla. Diario Heraldo de Aragón. 2003.

“Codex Nigrum”

Esta novela pertenece por pleno derecho a ese género que en Europa y América, tanto que en nuestro país ocupa el primer lugar entre los más vendidos, está convirtiéndose en extraño furor, el de la novela histórica mezclada con ingredientes de thriller, es decir, una nueva versión del antiguo folletín decimonónico a lo Dumas pero con el ingrediente añadido de que ahora la aventura se debate en perfiles más ambiguos, rozando casi lo crepuscular, como si especulara sobre el final de una etapa y el goce de antaño se transformara en grave confrontación. A mí me gusta comparar este momento con el auge de la novela gótica de los tiempos de Ann Radcliffe y Matthew G. Lewis, y bastaría acudir al ejemplo de esta narración de José María Latorre para comprobar paralelismos curiosos. Pero en cualquier caso todo ello sirve a la hora de establecer correspondencias pero poco cuando se trata de dar a conocer la calidad de una obra. Esta narración, por ejemplo, cumple a la perfección los elementos canónicos que se espera de ella: narrador protagonista que se traslada a Roma, cátedra de la Iglesia pero también asiento del Diablo; signos que se transparentan en un cuadro de una discreta iglesia del centro de la ciudad, San Luigi in Manera; aparición del Codex Nigrum, que recuerda al libro canónico del goticismo tardío, el Necronomicon, de Lovecraft; la presencia llena de una mujer, Greta, indispensable contrapunto femenino de ciertas torpezas del protagonista..., pero que, dicho así, nada aportarían sobre lo que realmente importa de la misma. Hay, y esto merece recalcar, un discurrir de la trama tan imperceptible como la respiración del propio lector, lo que implica un dominio de las compensaciones de la estructura de la narración, algo que conviene destacar porque en este tipo de novelas se subordina todo a los momentos de suspense en detrimento de la unidad de la composición; hay, también, una ambigüedad, que convendría llamar de feliz hallazgo, sobre los juicios que las muertes de los arqueólogos, amigos del protagonista, ejercen sobre él, y todo ello hace que la novela cumpla, así, esa gran parte de tremenda inquietud que, en definitiva, es lo que la distingue sobremanera de otras que se limitan a repetir fórmulas.

Juan Angel Juristo. Blanco y Negro Cultural.

¿Cuál será el secreto de José María Latorre para publicar novelas sin descanso y no bajar nunca el listón de exigencia? Quizás el entusiasmo contagioso con el que están escritas con su menuda letra en

menudas libretas de grandes contenidos. Dos títulos juveniles más para los escaparates: "Encuentro en el abismo" (SM) propone una trepidante travesía por el misterio y la aventura a partir del hallazgo en un mercante nazi del bastón de mando, una pieza legendaria que otorga un poder mágico a quien lo posee, a la manera de la lanza del destino que, según se cree, poseía Hitler. "Codex Nigrum", en preciosa edición de Edelvives dentro de la colección Alandar, tiene también raíces alemanas, aunque en esta ocasión con el telón de fondo de la demonología. Inquietud en estado puro.

Tino Pertierra. La Nueva España. Asturias

"Encuentro en el abismo"

Tras esta novela juvenil hay mucho más de lo que una primera lectura podría dar a entender. Hay un cierto ajuste de cuentas, o al menos su intento, así como una clara reflexión acerca del presente que vivimos, tan peligroso como aquel de la posguerra (...) "Encuentro en el abismo", en un principio, se presenta a caballo entre el relato de terror y el de aventuras, pero al añadirse todo lo anterior la carga narrativa es mucho más fuerte y, a la sazón, complicada de conjugar. Pero Latorre lo consigue magistralmente gracias a un estilo sobrio, centrado, como suele ser habitual, en la creación de atmósferas opresivas y asfixiantes (...) La novela se empareja con anteriores creaciones de Latorre en tanto a la perfecta narración de los sucesos, sin prisa, sin intermitencia, creando una gran densidad y opresión en el lector (...) Es ejemplar la dualidad que se establece entre noche y día en tanto a que, mientras la noche es el lugar y el tiempo donde lo sobrenatural se manifiesta y, por tanto, en que se debe de hacer frente, el día es cuando los personajes deben hacer frente a los nazis, igual de repugnantes, pero, al menos, seres tangibles y reales. No existe, como en otras novelas de Latorre, el día como lugar de reposo así como de búsqueda, sino que las veinticuatro horas son territorio de lucha, pero también de peligro (...) Un escritor tan apegado a la realidad como ha sido él desde el inicio de su carrera literaria, a pesar de sus saltos al pasado como en este caso, no podía dejar de mostrar cómo siente y ve el presente inmediato. Y con esta novela lo ha dejado bien claro.

Israel Paredes Badía

Octubre 2004. Londres

Fragmento de la reseña publicada en la revista de Internet «Círculo de Montelly».

"El palacio de la noche eterna"

José María Latorre, uno de los mejores críticos cinematográficos de España —y probablemente de Europa—, ha sabido forjarse, desde el concienzudo compromiso de aquellos que sólo escriben lo que creen que deben escribir, una acusada personalidad narrativa dentro de nuestro panorama literario

con su treintena larga de libros, repartida en volúmenes de relatos y novelas para adultos y jóvenes. Dos años después de que nos ofreciera las que quizá sean hasta la fecha sus dos obras maestras dentro de sus respectivas vertientes, *El silencio* (2002), cruda reflexión existencial a partir de la devastación de la muerte, y *La mirada de la noche* (2002), XXIV Premio Gran Angular de Literatura Juvenil, ahora Latorre vuelve a la carga con *El palacio de la noche eterna* (2004), un nuevo relato destinado al segmento más joven de los lectores, si bien nuestro autor prefiere hablar de literatura adulto-juvenil, puesto que su gran reto consiste en hacer un tipo de literatura de calidad accesible para un público de ocho a cien años. Y pese a que en la literatura juvenil haya siempre unos límites que no deben rebasarse, ello no obsta para que sus novelas adulto-juveniles guarden una perfecta coherencia con el resto de su producción narrativa. Por medio de ellas, ese humanista eternamente insatisfecho que es José María Latorre, abunda en su visión desesperanzada de un mundo en franca descomposición ético-social donde la noción de civilización adquiere tintes apocalípticos. Con *El palacio de la noche eterna*, el escritor zaragozano, como buen innovador del "gótico" moderno que es, reincide en el dominio de la fantasía de terror (...) De nuevo Latorre logra ofrecernos un relato cuyo misterio nos atrapa sin tregua desde su mismo inicio hasta su desenlace, sabiendo convertir el final de cada uno de los nueve capítulos que lo componen en un eslabón suspensivo de la cadena de interés de la acción, a modo de estratégico estímulo que nos impele a seguir avanzando sin descanso. Hábil configurador de inquietantes atmósferas preñadas de tensión e intriga, algo a lo que sin duda contribuyen las plurales calidades sensoriales tan caras a su prosa, Latorre nos dispensa una trepidante narración de ambientación contemporánea, merced a la cual ciertas texturas genéricas de antaño quedan tamizadas por el filtro de la actualidad sin perjuicio del grato sabor añejo de la tradición. Una vez más, la luz del día se enfrenta a las tinieblas de la noche, a cuyo amparo el mal se propaga como una epidemia en el seno de un mundo putrefacto habitado por una sociedad en descorazonadora mutación. Apocalipsis del cual únicamente pueden salvarnos el antídoto de la ética, el refugio del arte, las armas del conocimiento y la reivindicación de la cultura (no es casual que los héroes — o antihéroes — latorrianos sean seres vinculados al ámbito del saber o de la creación en sus más diversas facetas), como bien postula José María Latorre en *El palacio de la noche eterna*, fiel a la firma vocación humanística que de siempre preside sus obras.

José Havel. Fragmento de la reseña publicada en la revista «Clarín», número 51.

Si "El silencio" se puede ver como la obra cumbre de José María Latorre dentro del terreno de la novela adulta, "El palacio de la noche eterna" lo es de la novela adulto-juvenil. Sin desmerecer para nada a los títulos anteriores en este ámbito, se trata de una obra donde ha logrado depurar hasta el extremo los planteamientos, simplificando algunos de ellos pero complicando otros. Contradictorio pero certero. Si el estilo es más directo, más sencillito, aquello que subyace bajo la narración es más complejo. Por un lado, encontramos aquello que superficialmente se nos narra: los avatares del joven inglés Christopher Travers, quien asiste al regreso del joven Mortimer, amigo de la infancia, de Sudáfrica junto a su padre (su madre no parece estar con ellos...) a la pequeña localidad de Kensfield, ha-

bitantes de un palacio de grandes dimensiones. A partir de entonces, empezarán a desaparecer cadáveres, la atmósfera se volverá extraña, algo en el ambiente denota una presencia maligna. A su vez, aparece un extraño individuo llamado Sandor Balász, un centroeuropeo cuyo aspecto, en una comunidad cerrada, le hace parecer sospechoso; ¿de qué?, de ser diferente. Latorre articula un relato de terror en la línea de anteriores obras como "Visita de tinieblas", "La leyenda del segundo féretro" o, más recientemente, "La mirada de la noche". Lo más llamativo es que la narración es mucho más contenida, dejando que el lector vaya introduciéndose en los sucesos, los cuales, no obstante, se van presentando de manera vertiginosa. De nuevo, contradicción. Pero este es uno de los mejores puntos de la novela: la perfecta forma en que Latorre logra un estilo directo, rápido, pero a la vez lento. La acción avanza sin tregua, pero es un avance lento, muy atmosférico, pidiendo al lector que se deje llevar no tanto por los sucesos como por la manera en que estos son presentados. Es representativo que la figura del mal, encarnada por el joven Mortimer, no tome una manera extremadamente terrorífica, sino que Latorre mantiene, en la medida de lo posible, su fisonomía humana. Sus crueles actos, entonces, toman una inmediatez enorme, máxime en relación con aquello a lo que me refería más arriba. En este sentido, "El palacio de la noche eterna" es muy rica, pero también muy dura. El personaje principal, Travers, se adapta a la perfección a otros personajes de Latorre: un joven en un momento de inflexión en la vida, para quien los sucesos de terror suponen algo más que un festín de sangre y vísceras: son un paso hacia adelante en su maduración como persona (...) La presencia del pasado es de gran importancia. Mortimer es un amigo del pasado, una figura pretérita de un tiempo en el que el joven tenía todo aquello que ahora ha perdido. Su regreso, su siniestro regreso, reactiva en algún aspecto aquello. Mas su maligno actuar simboliza, de algún modo, la necesidad de enfrentarse al pasado, no de olvidarlo sino de dar la cara ante ello para poder evolucionar. Acabar con él supone terminar con esa huella asentada en su interior (...) Habrá que esperar a leer sus siguientes novelas en este terreno para saber si "El palacio de la noche eterna" es, como pienso, esa novela que marca un cambio. Hasta entonces, es suficiente el disfrutar de su narración, de su atmósfera, dejarse llevar por todo aquello que sugiere. Lo cual no es poco.

Israel Paredes Badía. Marzo 2004, Londres.

Fragmento de la reseña publicada en la revista «El Círculo de Montelly».

Nueva novela de terror de José María Latorre, gran especialista en el género, en la que desarrolla uno de los esquemas más habituales en este tipo de relato: la irrupción de un monstruo asesino en una pacífica comunidad. El monstruo es, esta vez, un "zahro", especie de vampiro africano o muerto viviente que se alimenta de carne humana, al que el joven protagonista y su novia se enfrentan en una sucesión de escenas escalofriantes (muy lograda la del acoso a la casa de la chica, inspirada en "Los pájaros" de Hitchcock) en medio de una atmósfera claustrofóbica y terrorífica que, por momentos, consigue realmente asustar. Los aficionados al género la disfrutarán especialmente».

Fragmento de la reseña publicada en la revista Clij número 171.

José María Latorre es ya un nombre imprescindible en la literatura juvenil, especialmente por sus textos de terror, género que domina a la perfección. Latorre es un escritor culto formado en la literatura y en el cine y en la música. Aquí plantea una historia inquietante: a los Mortimer, que regresan de Suráfrica, empieza a ocurrirles de todo. Fenómenos extraños, apariciones o muertes se hacen evidentes en el cementerio, en las tumbas, en el palacio. Sólo el joven Travers parece tener la respuesta». A&L (Publicado en el diario Heraldo de Aragón)

"La mano de la momia"

José María Latorre consigue traspasar al lector la densa y ominosa atmósfera del mal.
L. Estevan. (Diario Heraldo de Aragón)

"Los jardines de Beatriz"

Como en otras novelas suyas, José María Latorre plantea en Los jardines de Beatriz el comienzo de una crisis personal a modo de antesala para escenificar el Apocalipsis actual (...) No existen fronteras claras que permitan dividir el tiempo o el espacio. Por eso, José María Latorre suele acabar muchas de sus ficciones con un verdadero alarde narrativo que tergiversa o invalida la perspectiva adoptada para narrar un libro, descubriendo de pronto lo cerca que está la realidad del sueño, el pasado del presente, la verdad de la mentira... Por eso, en Los jardines de Beatriz, cuando Augusto Salcedo se encuentra a Sergio Blanco, un amigo de infancia, ambos van a intercambiar sus identidades, mezclándose como dos elementos químicos que a su vez tienden puentes entre esta novela y Los teatros imaginarios o El año de la celebración de la carne, aunque lo cierto es que entre sus párrafos es fácil encontrar rasgos más o menos acusados de casi cualquier otra novela de José María Latorre. El tema del doble y de la disolución de la personalidad unipolar está siempre presente en la obra del escritor zaragozano, por mucho que sea de una forma bastante peculiar, alejada de los juegos de espejos y, en general, de la obviedad. En su universo literario, basta la cercanía de dos seres o dos objetos para que ambos comiencen a perder sus propios atributos y adquieran atributos de sus opuestos, hasta desintegrar sus semejanzas y sus diferencias, hasta convertirse en un único territorio borroso (...) Bajo las turbulencias que presiden la realidad más inmediata, José María Latorre suele insinuar un lazo insoslayable con la inestabilidad y los actos cruentos producidos en otras épocas a causa de amores incestuosos o a causa de la violencia del sexo, a menudo cerca del asesinato. Así, en Los jardines de Beatriz, ciudades remotas se conectan, como también se conectan las motivaciones y las intrigas de la Italia de los Cenci con las de la familia Fuster en la Barcelona actual, como se conectan las páginas de la novela con páginas de otras novelas de José María Latorre, como se conectan los rasgos de Augusto Salcedo con los rasgos de los personajes de El silencio, La noche transfigurada o Palacio de sombras...

Hilario J. Rodríguez. Fragmento de la reseña escrita para la revista "Turia".

El mundo que Latorre viene últimamente mostrando intenta dar una imagen del futuro desde el presente, siendo más enriquecido en "Los jardines de Beatriz", en tanto a que introduce el pasado; y eso lo logra mediante el ambiente, la atmósfera creada en la novela (...) La sociedad mostrada por Latorre en su propia disolución es tan real como irreal, tan presente como pasada, así como futura, pues puede ser que nada sea real y vivamos en una realidad tan ilusoria que rompa todo conato divisorio temporal, siendo sólo las apariencias lo que cambian, nunca el fondo (...) Más que notable es el trabajo de Latorre al mostrarnos cómo Augusto ve todo como si sus ojos fueran un objetivo y su mente una cámara, fotografiando mentalmente todo aquello que observa como posible material de filmación, metáfora en realidad de ese predominio en la mente de la imagen, que por otro lado consigue someter al mundo (y con él al arte) a un reduccionismo patente. Por otro lado, se trata de un grito desesperado de recuperación de la literatura, así como una mirada triste y pesimista del momento que sufre la misma, mostrada en la desesperada situación que vive Serio, así como por los comentarios de desprecio del editor hacia la misma en tanto a que no sea literatura comercial, esto es, aquella que se puede vender independientemente de su calidad. Pero esa destrucción lleva un fuerte concepto de autodestrucción: los personajes viven al borde, aunque no lo parezca, de ella; la lujuria, el sexo, la carnavalización de la carne, los juegos sexuales, los asesinatos, la mascarada social, aparecen en el presente pero también en la historia del pasado, repitiéndose de una época a otra y mostrando cómo cada una ostenta sus propias formas (...) El trabajo de Latorre en la escritura de la novela es enorme, no sólo en cuanto a la introducción de dos líneas narrativas paralelas, sin también en tanto a la creación de esa atmósfera que se encuentra en derredor de los personajes y que crea un espacio asfixiante y en descomposición que los convierte en tan sólo unos personajes que se mueven por un mundo que ha perdido su rumbo y que se dirige hacia la destrucción; pero no a la destrucción que se suele concebir como fin de la vida, sino a un fin de la moral, de la cultura, de la ética, donde todo está controlado y donde poco merece la pena ya (...) Augusto señala en la novela que "no se remueve el pasado si no es para hablar del presente"; yo añadiré que no se remueve ni uno ni otro si no es para hablar del futuro".

Mysterium. Fragmento de la reseña (El libro de la semana) aparecida en revista de internet «Círculo de Montelley».

El zaragozano José María Latorre vuelve a exhibir su gusto por los argumentos densos y obsesivos en su última novela, donde mezcla misterio y pasiones inconfesables en un mundo dominado por la locura cotidiana.

J. A Quílez. Publicado en Heraldo de Aragón.

"El silencio"

Se trata de todo un itinerario hacia la desolación, el dolor, la nada, el silencio; y, como en todas las novelas de Latorre, fondo y forma se encuentran perfectamente aunados, lo cual es necesario para dar coherencia y fuerza expresiva a la novela (...) Si Novalis con su obra se reconcilia con la muerte,

en "El silencio", narrado por el mismo Marcelo, intentará no solamente reconciliarse con ella, sino encontrar una posibilidad lo más fehaciente posible de que tras la muerte puede haber algo más que silencio, es decir, buscará desesperadamente una señal de su amada desde el más allá (...) "El silencio" muestra un itinerario mortuorio presidido por el fracaso; cada capítulo presenta una búsqueda distinta: el intento de encontrar esa presencia de los muertos en los lugares en los que vivieron o estuvieron; la sempiterna ilusión de reencarnación en el más allá de la religión oficial; la venganza del llamado ojo por ojo (su amada es asesinada en un atentado terrorista; luego hablaremos de ello); el intento de lograr la manifestación del espíritu de la muerta en una sesión espiritista; la necesidad carnal que le lleva a la efímera relación con una prostituta; y la imposibilidad de escuchar voces de ultratumba mediante la grabación de psicofonías. Todo le conduce a un auténtico estado de angustia (enfaticado por la palabra que Latorre crea en la novela: agonistencia) al no lograr encontrar señal alguna. Se puede ver la novela como un camino hacia la desesperanza, hacia unas concepciones existencialistas donde la nada, casi al modo de Sartre, se impone a la vida; empero, creo que se debe ser más considerado al respecto y no minimizar la novela a ese simple concepto; todo el tono de la novela es sombrío y melancólico (como el cuento que Marcelo desea escribir al comienzo de la novela y que se ve interrumpido con la fatídica llamada que anuncia la muerte de su amada), y muestra la desolación que en realidad está presente en la sociedad actual simbolizada en esa búsqueda (y en la palabra agonistencia). y enfatizada en la muestra descriptiva de una sociedad en descomposición (tema central en la obra narrativa de Latorre). No es sólo la angustia de no haber nada después, sino la angustia por el antes; que nada haya después deviene que en el antes debe haberlo si se quiere hacer de la vida algo meramente digno de ser vivido; pero la sociedad actual se mueve hacia una disolución interna que deja poco margen para la esperanza (...) Al final de la novela, Marcelo queda delante de la tumba de su amada muerta, abatido por tanta frustración, por tanta derrota, por la nada y el vacío que ante él se han presentado, sin el convencimiento de Novalis del reencuentro en la muerte. Incluso, percatándose de que el silencio de Marta es el suyo, que su muerte es la suya y que ella está muerta físicamente, mas él también lo está en cierto modo. O puede que todos lo estemos. Israel Paredes Badía. Fragmento de la reseña (El libro de la semana) aparecida en Circulo de Montelley. com

Latorre es un narrador pudoroso y contenido, con un gran control de la escritura y de las posibilidades lingüísticas de sus historias. Su posición frente a la gran representación de la cotidianidad es la del estoico rebelde disfrazado de moralista apocalíptico. Y su tradición, partiendo de la gran raza de narradores clásicos a lo Stevenson o Poe, se remonta a ejemplos más cercanos de una determinada modernidad literaria: de las novelas filosóficas de Thomas Mann a los inflamados exabruptos de Thomas Bernard, pasando por los paisajes desolados de J. G. Ballard. En efecto, "El silencio" demuestra definitivamente, por si a estas alturas fuera necesario, que Latorre ha alcanzado ya un estatus privilegiado en el entorno de la narrativa contemporánea. A lo largo de los años, ha ido sometiendo su estilo a una deconstrucción sistemática que paralelamente lo ha conducido a una vi-

sión alucinada de la realidad. En cierto momento de la novela, el narrador visita el cementerio donde yace enterrada su amada bajo un incontenible diluvio. La descripción del acontecimiento es poderosa, de manera que la lluvia descompone el paisaje en sus elementos básicos: agua, tierra, aire. Cuando el protagonista se acerca a la tumba y la acaricia, en uno de esos perturbadores momentos de comunión entre el sexo y la muerte que tanto abundan en la novelística de Latorre, luego se lleva la mano a la boca, quizás un último beso de despedida necrófila. Sin embargo, un sabor ligeramente salado invade sus labios: las gotas de lluvia podrían ser lágrimas de la difunta. He aquí cómo lo sobrenatural se vuelve ambiguo, se convierte en el resultado de una percepción subjetiva alterada por el dolor, descompone la narración hasta llevarla a los límites de lo verosímil en lo que es más una negación del mundo representado que una convención genérica. En "El silencio", consecuentemente, la literatura se convierte en música, el único arte capaz de desenmascarar esa sucesión de simulacros en que se ha convertido la realidad (...) Lo más curioso del caso, no obstante, es que todo eso no supone una negación de la literatura, del arte de la narración. Nada más lejos de la intención de Latorre. En sutil paradoja, esa disgregación de la palabra finaliza en un retorno a los orígenes para el que las alusiones a Novalis significan un adecuado prólogo. La narración recupera su pulso primitivo, vuelve a una especie de musicalidad directamente recuperada del romanticismo alemán y los sonidos parecen surgir de una página escrita por primera vez. La desaparición del universo circundante trae consigo la gozosa aparición de una epifanía lírica que, enseguida, se transforma en frases, en secuencias rítmicas, en poema heroico. Y Latorre se confirma, en ese momento, como el juglar siniestro de una contemporaneidad cuyos cantares de gesta, cuya poesía épica, están hechos de muerte y sinsentido. De la mayor parte de la literatura contemporánea se puede extraer la conclusión de que el mundo es un lugar triste y decadente, pero que de todos modos debemos seguir la mascarada para no caer en la desesperación. Es algo así como un posmodernismo melancólico sin más consecuencias que la autocompasión y la indulgencia moral. En "El silencio" no hay componendas de ese tipo. Como Hölderlin, el héroe de Latorre, y con él su autor, conoce la patraña del decorado que la civilización ha construido para nosotros. Pero, a diferencia del poeta germano, en su novela ya no hay Gracias a las que regresar"

Carlos Losilla. Fragmento de la reseña publicada en la revista "Turia"

Todo en esta narración tiende al tono crepuscular, como si al abrigo de las advertencias de Montaigne el autor se cobijase (...) En esta novela el autor ha pretendido, de la manera en que sólo se es capaz de hacerlo ahora, erigir una suerte de elegía a la memoria de una muerta a la que la vida le ha sido arrebatada en un atentado terrorista, que vendría a corresponder en su sentido de imprevisible a lo que sería una fulminante enfermedad en otros tiempos, y que se encuentra con que esa recuperación de tono fantasmal sólo puede hacerse cabal destruyendo cualquier seña de identidad de la misma, respetando el anónimo polvo en que se ha convertido. Pero lo dicho es el colofón a una historia que comienza cuando el narrador, novelista que acaricia con voluptuosidad la idea del fracaso,

está escribiendo un cuento donde trata de un compositor que decide suicidarse porque su arte le parece ya detestable, y es en ese momento cuando recibe la noticia de que su esposa, Marta, ha muerto víctima de un atentado terrorista. Comienza para el narrador un juego de correspondencias que sólo tiene como fin una difusa idea de recuperar lo perdido. Primero el lugar que debe corresponder a la persistencia de los Himnos a la noche, de Novalis, como si "la poesía llamara a la extinción", obra en la que el narrador gustaba de obsesionarse cuando le llegó la noticia; luego, un recorrido bastante alucinante por una Roma donde se mezclan los chaperos de la Piazza della Repubblica, las recientes restauraciones pictóricas, guiño cruel a cierta atmósfera lúgubre que a él le hubiera gustado encontrar en la ciudad, y las disquisiciones de su amigo Alfredo Montal que le lleva a conocer a Arrigo, un escritor que vive a las afueras entre gatos y una soledad atemperada por un vago misticismo. De vuelta a Barcelona, el recorrido se hace aún más intenso e interminable: desde el contacto con una asociación de víctimas del terrorismo cuya misión es justamente no perdonar ni olvidar, hasta sesiones de espiritismo y psicofonías, remedos de lo absoluto, hasta concluir, finalmente, en la aceptación de esa nada. Recreación notable de uno de los aspectos en que puede ser tomada la fábula de Orfeo bajando a los infiernos, esta novela de José María Latorre es una inteligente reflexión sobre lo literario y sus límites. De ahí que, para acabar, sea pertinente citar a Rilke, "mas hasta en el silencio nació un nuevo comienzo, seña y transformación". De esta esperanza nace la novela.

Juan Angel Juristo. Fragmento de la reseña publicada en Cultural ABC

En "El silencio" lleva el zaragozano José María Latorre a su cénit literario uno de los temas recurrentes de su dilatada carrera como novelista: el enigma de la muerte entendida ésta como desaparición total del ser humano, final del accidentado trayecto que es la vida, entrada en el vacío espectral y angustioso de la nada. Su nueva propuesta narrativa se sirve de un recurso muy actual: una mujer joven, a punto de casarse, se transforma en víctima casual de un atentado terrorista. Su también joven amante, un escritor desencantado de la literatura a punto de escribir el que va a ser su último relato, inicia a partir de esa pérdida la búsqueda desesperada del más pequeño indicio que permita constatar la perdurabilidad de la vida más allá de ese paso al que todos estamos, de un modo u otro, condenados (...) Latorre se ha propuesto deshacer así más de un lugar común, desbrozar la maraña de falacias que la cultura ha tejido en torno a la muerte. La novela producirá desazón en quienes prefieran aferrarse a cualquier brizna de esperanza. El novelista no les ha hecho la más mínima concesión. Y no es la menor de sus audacias el conducir tenazmente al lector por una serie de experiencias -clásicas en su género- hasta un final que él mismo ha querido hacer previsible desde el inicio: si no es posible hallar respuesta alguna es pura y simplemente porque no la hay. Se conjuga así la aventura humana del afligido protagonista -que acaso atrapa al lector- con la tesis desoladora que el autor defiende".

Antonio Losantos. Fragmento reseña publicada en suplemento "El Parnaso" del Diario de Teruel.

Latorre ha hecho un elaborado recorrido por el después de la muerte de una inocente desde la perspectiva de quien se queda a este lado, y logra mantener erizada la receptividad del lector.

Amadeo Cobas. Publicado en el diario *Heraldo de Aragón*.

José María Latorre es dueño de un mundo literario muy personal (...) Su última novela, *El silencio*, por su densidad temática y unidad estructural y la desbordada pasión de su escritura, es una de las más considerables. (...) Sin duda, la literatura romántica y la enorme tradición de la literatura fantástica son las fuentes importantes de la obra y de éstas surgen temas, imágenes y motivos. Desde luego, vivimos en un mundo escéptico y tanto el narrador de la novela como el autor y también la gran mayoría de los lectores lo son en alto grado. Sin embargo, aquí surge precisamente una contradicción, pues las narraciones fantásticas que han alimentado nuestros afanes literarios se basan precisamente en la idea de que el espíritu sobrevive a la muerte física. Una novela actual y, entre ellas, la que nos ocupa, entra en contradicción con esos supuestos. *El silencio* plantea precisamente, con rigor, erudición y belleza, este tema de historia literaria. De esta discordancia brotan las bellas páginas de la obra y el interés creciente de la historia que leemos.

Lluís Satorras. Publicado en la revista *"Lateral"*.

"La mirada de la noche"

El nombre de José María Latorre es de sobra conocido, no sólo por los lectores más jóvenes (...) En esta entrega, que mereció el último premio Gran Angular, el autor redonda en el género de terror con una historia que mucho debe a la novela gótica, a Henry James y a Dickens (...) La novela está hábilmente diseñada para cautivar al lector: se mete en harina nada más empezar, no escatima sorpresas y juega la baza de los lugares comunes de un género que sigue siendo uno de los preferidos de los adolescentes (...) Se lee de un sorbo y no defrauda.

Care Santos. Fragmento reseña publicada en suplemento cultural *"El mundo"*.

Novela de terror inspirada en los clásicos del género, que mantiene el interés de principio a fin gracias a la atmósfera terrorífica y a una intriga sostenida. Bien tramada y narrada (...) ha sido la novela ganadora del Premio Gran Angular de narrativa juvenil de este año.

Victoria Fernández. Publicado en suplemento *"Babelia"*, de *"El País"*.

Leer la última novela de José María Latorre, dirigida -tal como él afirma- a un público adulto-juvenil, puede convertirse en un viaje apasionante hacia la tradición de la literatura fantástica más primigenia y una aventura breve, pero intensa, por los vericuetos de una prosa cuidada y selecta (...) "*La mirada de la noche*" es un cuento perverso, una novela de terror ambientada en la época actual, que utiliza un lenguaje muy cuidado para crear sensación de angustia. Su autor nos envuelve desde el principio en un ambiente de misterio en el que los presagios, las premoniciones y la presencia de lo fantasmal son un terreno abonado para que nos sumerjamos, de la mano del protagonista, en un la-

berinto de suspense y de emoción contenida (...) "La mirada de la noche" nos brinda, por tanto, un acertado reencuentro con el género de terror, aderezado con una prosa sencilla y elegante. Este relato juvenil nos ha planteado, sin embargo, un pequeño problema: la dificultad de salir de un laberinto que nos ha envuelto, como la noche oscura de Stanford, durante más de tres horas de lectura ininterrumpida.

José María Ariño Colás. Fragmento de la reseña publicada en la revista "Trébede"

Cuando se lee "La mirada de la noche", apenas se necesitan cinco o diez páginas para sumergirse en la trama que José María Latorre está contando. Se trata de una historia de "vardok" (categoría de vampiros de gran maldad) que retoma la mejor tradición de terror clásico, al estilo de títulos como "Otra vuelta de tuerca" o "Drácula", entre otros, y consigue mantener al lector en tensión permanente con gran maestría. No en vano este autor nacido en Zaragoza es un especialista en literatura (y cine) de terror, que aquí se combina en su vertiente para los más jóvenes. Para lograr mantener esta tensión, el autor sabe crear las condiciones ambientales adecuadas: predomina la oscuridad (la noche desempeña un papel fundamental para el desarrollo de la acción), que impregna un espacio frío y húmedo en el que la niebla se apodera del paisaje y la presencia de la luz sólo da paso a tonos grises y lluviosos. La propia elección del país en el que todo sucede (Inglaterra) se demuestra como la más apropiada. Del mismo modo, la caracterización de los personajes se consigue sin extenderse en descripciones, puesto que unas pinceladas certeras nos hacen imaginar perfectamente cómo es cada uno de ellos. Y la acción se desarrolla a la velocidad adecuada a cada situación: calma tensa en ocasiones, ritmo frenético en los momentos de mayor riesgo. Como remate, la consecución de la historia es fiel reflejo del modo en que ha sido concebida: un final contundente y duro, sin concesiones a una sensiblería que hubiera resultado artificial. Pero, por encima de todo, destaca una omnipresente aura de maldad que se percibe de forma casi obsesiva, y que cuesta abandonar una vez leída la última página. No es en vano que esta novela le haya supuesto a José María Latorre el Premio Gran Angular.

José Antonio Quílez. El Periódico de Aragón.

El mundo de la literatura infantil y juvenil está lleno de premios que no siempre se corresponden con obras de calidad. Las causas pueden ser muchas, pero la principal es la necesidad editorial de tener de forma directa (creación de sus propios premios) o indirecta (patrocinio de galardones con nombre de ciudad o de organismo internacional) libros para poder ser publicados. Así nos encontramos con libros excelentes al lado de medianías literarias y, todos publicitados con el sello de "Premio X", y cuando decimos "X" nos referimos a cualquier premio posible y no al próximo libro de Madonna para niños, primero de una serie de cinco, que verá la luz pronto en Londres. Bromas aparte, 2002 fue un año de buena cosecha literaria, de la que mostramos cuatro robustos y bellos botones (...) Premio Gran Angular de Literatura Juvenil. "La mirada de la noche". Autor: José María Latorre. Editorial: SM. Madrid, 2002. Historia de misterio y de terror, ambientada en nuestros días y situada en un

pueblecito inglés. Cuenta las aventuras de un joven maestro que llega a la casa de los Mills, contratado por un padre casi siempre ausente, a causa de las obligaciones que le impone su condición de miembro del Parlamento británico, con el fin de que dé clases a sus dos hijos, a quienes la reciente muerte de su madre ha afectado profundamente. El maestro tendrá que hacer frente a extrañas apariciones en la mansión de la familia y a las violentas muertes ocurridas en el pueblo. Pero, de manera especial, a un siniestro personaje, sospechoso de ser el responsable de los horribles asesinatos. Pero, ya se sabe, con frecuencia las apariencias engañan. La novela, que hará las delicias de los aficionados al género, está escrita con un cuidado lenguaje que crea una atmósfera de terror y angustia. El autor maneja con destreza los hilos de la narración y dibuja unos personajes muy creíbles en este cuento perverso y un poco cruel que gustará también a quienes buscan libros bien escritos. En recientes declaraciones, Latorre afirmaba que su gran desafío es "hacer un tipo de literatura de calidad que sea accesible para un público de ocho a cien años y hacerlo de tal manera que a quienes no leen habitualmente no les parezca muy difícil y a quienes están acostumbrados no les parezca fácil". En esta novela lo ha conseguido (...) Libro juvenil recomendable también para los adultos.

Crítica publicada en "Diario Montañés".

Un relato que está a la altura de los grandes clásicos de la literatura universal de misterio y terror.

Concepción Fernández. Biblioteca del I.E.S. Bernardino Escalante

"La mirada de la noche", premio Gran Angular, de José María Latorre, construye una narración de ambientes tangibles, de terror huidizo y final sorprendente. Es, sin lugar a dudas, una gran novela de un género considerado poco didáctico por muchos educadores pero de muy buen beber para lectores amantes de las emociones del género de terror.

Publicado en "Diario de Córdoba".

La naturaleza se alía con el horror y se funden en un ambiente lóbrego y siniestro, provocando en el lector la imperiosa necesidad de seguir con el relato. Alusiones al descenso a los infiernos, a Shakespeare. "por los huecos ojos de la muerte veo asomar vida". Carga dramática en una emocionante novela de terror.

Publicado en "Crítica".

Las novelas de José María Latorre las suelen habitar personales en los que se adivinan los rasgos del propio escritor zaragozano, unas veces vencidos por las tristes constataciones que hace uno a lo largo de la vida y otras con atuendos todavía de jóvenes mozalbetes a quienes esperan mil y una aventuras al doblar la vuelta de cada una de las esquinas del tiempo. En "La mirada de la noche" (Premio Gran Angular) Brandon es de los segundos, con buena parte de su existencia pendiente aunque su equipaje de mano sean invariablemente libros y buena música, como si se tratase de un adulto que ha hecho su elección definitiva para pasar con él lo que le quede de vida. Como sucede con casi

todos los personajes de las novelas de José María Latorre, huérfanos o viudos, gente sola a quien ni siquiera se le concede el beneplácito de una sombra a modo de compañía, Brandon descubre desde el principio del libro la soledad cuando ve moverse a su abuelo muerto dentro de un ataúd y sus padres no le creen al contárselo (...) La novela no permite grandes bocanadas de aire fresco, pese a contener una brillantísima lectura de algunas de las obras de teatro de William Shakespeare, y enseguida introduce la presencia de Waldstein, un misterioso personaje que ya se había cruzado en el camino de Brandon, al llegar al pueblo de este último poco antes de morir su abuelo. En adelante la novela se transforma en un duelo, una lucha a muerte entre la luz y la sombra, los vivos y los muertos, el día y la noche, desenterrándose cadáveres, encontrando pasadizos que conducen a un escondite subterráneo... Todo ello para añadir un nuevo ser al museo de cera de la mejor literatura de terro: un vardok, mirad vampiro, mitad criatura de las tinieblas, engendrado por quienes tienen relaciones carnales con demonios (...) La lucha entre ellos realmente enfrenta a tres mentes lógicas que encarnan la bondad, el bien, implícito además de en sus actos en su juventud, y una fuerza inefable y maligna, surgida de "la profunda confusión de la noche". Este combate lo baña José María Latorre con el recurrente resplandor lunar en el que la vida y la muerte a veces se confunden, demostrando un impecable sentido compositivo para el paisaje y para que, sin embargo, nunca decaiga la acción, contrapunteada por la mirada tierna que José María Latorre lanza hacia Brandon, Malcolm y Virginia. Una vez más, una novela juvenil compromete mis entendederas y me obliga a cuestionarme cuáles son las fronteras que se trazan en el mundo de la literatura para saber cuándo se habla de libros juveniles y cuándo se habla de libros adultos. Quizas ni siquiera haga falta aclarar la aporía, porque lo cierto es que son los lectores, con sus limitaciones o con la amplitud de sus conocimientos, quienes colocan cada libro en la biblioteca de su memoria, al hacer una lectura más o menos comprometida, más o menos profunda. Al fin y al cabo, yo mismo, tan cerca ya de los cuarenta, todavía hoy me deleito con novelas como "La isla del tesoro" o "El libro de la selva", tanto o más que antaño, como sin duda me habría deleitado hace años, en mi juventud, con "La mirada de la noche", que ahora me parece un libro destinado a ser muy pronto un verdadero clásico.

Hilario J. Rodríguez. Revista de Literatura Rey Lagarto.

Al bello título hay que sumarle un lenguaje depurado y elegante, de un inequívoco sentido narrativo. A eso ya nos tenía acostumbrados el autor, pero en este caso la redacción nos parece particularmente acertada. Es verdad que no se bucea con avidez en los sentimientos de los personajes, pero "La mirada de la noche" no es una novela psicológica; con todo, la dependencia de los jóvenes protagonistas respecto de su madre muerta resulta cuando menos conmovedora; y el tutor, que narra en primera persona los pánicos acontecimientos, también guarda una deuda con su difunto abuelo. La muerte y el horror pueblan estas páginas, en absoluto edificantes, de un terror implacable: la mayor de sus virtudes acaso sea que no nos aguarda ninguna moralina. Uno de los personajes -una de las víctimas- afirma mediada la novela: "en esta época nuestra, lo maravilloso ha cedido paso a lo siniestro". Certero diagnóstico, literal en el caso que nos ocupa. Ese terrible vardok, "un hijo de las ti-

nieblas", es una variante de Drácula, un pellejo de afilados e incontables colmillos que se oculta bajo tierra y acecha en las sombras. Quizá podamos preguntarnos por qué todo ocurre de noche o en días de una niebla cerrada, o por qué nadie ayuda a los acosados -una descripción cabal de la existencia, ¿no les parece?-, pero en cualquier caso no nos gustaría pasar por Stanford mientras uno de sus vecinos fuera el vardok".

Antonio Losantos. Fragmento de la reseña public. en El Parnaso, suplemento del Diario de Teruel.

Si te gustan las novelas de miedo y especialmente las de vampiros; si sientes una atracción irresistible hacia lo desconocido y sobrenatural; si eres de los que tras leer un buen relato de horror se mueren de miedo en la oscuridad de la cama, escudriñando cualquier ruido, ésta es tu novela. Ganadora del Premio Gran Angular, su autor demuestra en ella una gran maestría y desenvoltura en el género de terror.

Publicado en fnac.es

Latorre quiere escribir una historia de terror y de tema vampírico. De entrada, la acción sucede en Inglaterra, en dos pueblecitos típicamente británicos, de esos que son iguales, en esencia, a todos los del mundo pero que se definen, sobre todo, por lo lamentable de su clima: lluvia, niebla, más lluvia, gris, más niebla. El mejor logro de este libro es precisamente la atmósfera. Todos los acontecimientos se desarrollan en un ambiente climatológico y olfativo opresivos. La descripción de los lugares y de estos elementos se consigue con efectividad (...) Se producen asesinatos, ataques, apariciones, violencia, se crea un clima rápido en el que las acciones se superponen, no falta espacio para un incipiente enamoramiento entre Brandon y Virginia. El autor se propone crear una radical oposición entre la cultura, la delicadeza, la música, la literatura y la brutalidad primaria del vardok que se concreta en la manera de matar: no es el mordisco elegante con sus dos marcas, es un desgarró salvaje, un mordisco brutal. Este vampiro pertenece a otro tipo, aunque existan elementos comunes como el agua bendita, los crucifijos y otros métodos de defensa. El final es previsible pero tiene un quiebro final que se agradece".

Antonio Garrido. Fragmento de la crítica publicada en Cuadernos del Sur, Diario de Córdoba

Si bien el lector interesado encontrará "La mirada de la noche", el último y flamante trabajo del escritor zaragozano José María Latorre, en la sección juvenil de su librería preferida, no parece correcto encasillar así este tipo de literatura, fantástica y de terror. Aunque su nueva novela carece de los ingredientes más retorcidos y de las escenas más sexuales presentes en novelas como "El año de la celebración de la carne", "La noche transfigurada", "Los teatros imaginarios" o "School Bus", el autor plantea situaciones inquietantes cercanas al terror psicológico, como el hecho de que una madre se vuelva contra sus propios hijos, en una historia en la que "el mal" se encarna en seres semejantes a los tradicionales vampiros. José María Latorre es un escritor capaz de plantear situaciones de peligro ambientadas en atmósferas densas, obsesivas y amenazantes, desarrollando eficazmente una

gran tensión argumental con desenlaces tan terribles como inevitables. El final de la historia representa todo un ejercicio de estilo de lo que puede ser una novela de terror. El autor, narrador sólido, demuestra su dominio del castellano encajando las palabras con habilidad cirujana, creando frases de belleza casi poética".

Mertxe V. Valero. Fragmento de la reseña publicada en MondoSonoro Aragón

La narración descansa en la tradición de los textos de terror. Latorre se traslada al campo inglés, a Stanford y a Bedford, para crear una atmósfera espectral de caserones, rectorales, velatorios, cementerios, tumbas abiertas y mausoleos abrazados por una oscuridad colmada de secretos, de pesados silencios, de rumores de pasos y de blancos rostros que asoman tras el cristal desde la muerte (...) Este enigma es el que nos propone y resuelve con maestría, con buena dosificación de la trama y con buen oficio José María Latorre. Hay que agradecerle al autor que se haya olvidado de lo políticamente correcto (el libro está sembrado de muertos, aventuras nocturnas, lo determinante sucede a oscuras) y que exponga el pánico y la sinrazón, el mito del "vardok", del vampiro, sin tapujos, con esta convicción y este excelente trazado novelesco. Se podría decir que "La mirada de la noche" es una glosa reconocible de otros textos y de una riquísima tradición, pero el autor aragonés se siente cómodo en ella, la trata con respeto, la textura adecuada, un conocimiento de todas sus claves y un don narrativo incuestionable.

Antón Castro. Fragmento de la reseña publicada en "Heraldo de Aragón".

Novela de terror inspirada en los clásicos del género, que mantiene el interés de principio a fin gracias a la atmósfera terrorífica y a una intriga sostenida. Bien tramada y narrada con agilidad.

Victoria Fernández. Publicado en Babelia. "El País".

Zafón se añade a la corta lista de los mejores creadores de atmósferas cargadas de misterio -lo denotan sus títulos: sombra, viento, luces, medianoche-, como son César Mallorquí y José María Latorre (La mirada de la noche). Todos ellos de tradición romántica, son grandes escritores de novelas góticas en las que la trama se filtra entre las líneas del texto hasta sumergir al lector en mundos donde la maldad -representada por seres de naturaleza extraña- y la bondad -siempre acompañada por un joven protagonista y su etérea amada- compiten en mundos becquerianos.

Publicado en El Periódico de Catalunya

Las dos últimas novelas de José María Latorre, La mirada de la noche y El silencio, empiezan con la imagen de un féretro: el que contiene al abuelo del narrador en la primera, luego convertido en siniestro morador de las tinieblas, y el que amortaja a la novia del protagonista en la segunda, que a su vez lo acompañará como un fantasma durante el resto del relato. La muerte siempre ha sido una de las presencias preponderantes en la narrativa de Latorre, ya sea desde el terreno del género o de

la experimentación, pero nunca como hasta ahora había alcanzado esa inquietante apariencia de gran metáfora universal que convierte sus relatos más recientes en una especie de misa de difuntos por el mundo contemporáneo: tras la desaparición de la belleza, sólo queda el silencio. La mirada de la noche no es sólo una novela de terror, aunque sea una de las más vigorosas que ha dado el género en la literatura española contemporánea. Tampoco es únicamente un relato juvenil, por mucho que haya ganado el Premio Gran Anular y constituya ese tipo de narración por el que cualquiera desearía recuperar por un momento la adolescencia perdida. En realidad, se trata del reverso de *El silencio*. En ésta, un joven intenta recuperar su infancia mediante la repetición de un episodio horrible, la pérdida de un ser querido en el oscuro territorio de lo sobrenatural. Una atrevida elipsis separa la niñez de la juventud, el fin de la inocencia del despertar a la madurez. El universo que rodea al protagonista, sin embargo, sigue siendo el mismo: la vida como dolor interminable, la muerte como misterio indescifrable. Al contrario que en *El silencio*, en cambio, aquí la literatura no es un gesto inútil. El muchacho traslada su experiencia al papel, y ese movimiento de la escritura acaba redimiéndolo. Entonces la repetición de lo vivido se triplica: ya no sólo el pasado y el presente, sino también su representación, su liberación a través del arte. Como en los grandes clásicos del género, escribir es aquí un acto metaliterario. Como en *Moonfleet*, de James Meade Falkner, o *La isla del tesoro*, de Robert Louis Stevenson, o los cuentos de Hoffmann y Poe, la primera persona es una promesa de regeneración. Pero esa fugaz visión incluye en sí misma, también, su propia condena: la liberación que supone la literatura como paralela al desgaste de su existencia. Al final de *La mirada de la noche*, el protagonista, como corresponde, ha aprendido mucho, pero el suyo es un aprendizaje de la nada y del vacío. La historia se repite, y esa repetición es la razón de ser de la literatura, para nuestro gozo, y de la vida, para nuestra desgracia. Sea como fuere, es difícil encontrar tal complejidad en la mayor parte de la literatura española contemporánea. En una época en que las novelas se escriben al dictado y se venden por inercia, un texto como éste, un escritor como Latorre, nos provocan un inmenso gozo porque es como si todo volviera a empezar. Mientras la posmodernidad unifica criterios y mezcla influencias, banaliza el discurso y borra la memoria, esta especie de retorno a los orígenes resulta vivificante porque tampoco cae en la tentación de intentar recuperar una supuesta inocencia perdida. Aún es posible el relato, pero ya no la ingenuidad. Y, como los héroes de Latorre, también el lector sabe que el placer de narrar no puede tener otro correlato que la tristeza de vivir.

Carlos Losilla. Revista de Literatura Rey Lagarto.

"La isla del resucitado"

Por un lado vemos (en «La isla del resucitado») la influencia de la novela bizantina, muy propia de la Edad de Oro, cuyo modelo es «Los trabajos de Persiles y Segismunda» de Cervantes, con un protagonista joven que va a vivir las mayores aventuras en unos viajes que culminan con el floreci-

miento del amor. Otra relación que se establece es con el descubrimiento de los protagonistas de un manuscrito donde otro personaje cobra vida a través de sus palabras; esta idea ya la encontrábamos en «El Quijote», el caso más conocido de nuestra literatura, y ha llegado hasta nuestros días. Por último, la literatura de misterio anglosajona, contemporánea (de hecho, los protagonistas son ingleses) (...) Con todo esto, «La isla del resucitado» nos presenta una entretenidísima historia, narrada en primera persona, que sigue todos los tópicos del género para enganchar al lector de principio a fin. Para disfrutar sin descanso».

Asun Espés Cosculluela. Fragmento de la reseña publicada en Heraldo de Aragón

"El año de la celebración de la carne"

Reseña aparecida en el diario La Nueva España

Mientras muchos escritores españoles sestion acurrucados en sus confortables ombligos, otros, como el z

aragozano José María Latorre, se preocupan por explorar nuevos territorios, por excavar en la realidad para acceder a los laberintos subterráneos que serpentean en el ser humano. Con novelas tan enigmáticas, sugerentes y osadas como "Sangre es el nombre del amor" y "Osario", Latorre se ha convertido en un caso aparte dentro del previsible y domesticado panorama narrativo español, de quien se pueden esperar siempre nuevas sorpresas y desafíos para evitar el conformismo y la claudicación. "El año de la celebración de la carne" es, hasta el momento, la mejor novela de su autor. A la originalidad del argumento se une un dominio virtuoso de las armas narrativas: diálogos convincentes en sus variados registros, ensamblaje preciso e imaginativo de los ritmos que fluyen por la historia, sabiduría incuestionable a la hora de afilar la tensión para alcanzar el clímax que pide a gritos (nunca mejor dicho) el desenlace y, sobre todo, una capacidad inagotable para construir con palabras unos puzzles inquietantes, por no decir sobrecogedores, en los que se esquivo el lugar común, para entrar de lleno en los rincones más ocultos y perversos de nuestra percepción. La historia de un programa de televisión que, para auparse al éxito, encierra a un grupo de personas en un palacete barcelonés y los deja incomunicados para convertirlos en carnaza de reality show, primero, y de un macabro y sanguinario juego, después, es el punto de partida que sirve a Latorre para viajar a parajes virulentos y amenazadores, donde unos seres humanos se convierten en presa fácil para el juego despiadado de otros. Una propuesta arriesgada de la que Latorre se sirve para ofrecer una visión amarga y turbia de las tinieblas que esconde una sociedad gangrenada. La realidad, por otro lado, ha ido una vez por detrás de la ficción. Les adjunto un extracto de una noticia aparecida hace unos meses en la prensa: "La televisión privada holandesa Veronica prepara un programa que filmará, segundo a segundo, la vida de ocho personas, veinticuatro horas, durante cien días..."

Tino Pertierra

Fragmento de la reseña aparecida en la revista de literatura Rey Lagarto

Estoy en condiciones de afirmar a tenor de lo que he leído últimamente de la literatura más reciente, que "El año de la celebración de la carne", de no darse un caso de miopía aguda, acabará convertida en una obra de culto, muy reminiscente de anteriores entregas de su autor, con elementos familiares: el encierro ("Palacio de sombras"), el aislamiento ("Miércoles de ceniza"), la manipulación ("La noche transfigurada"), la afloración del sexo y con él la degradación ("Los teatros imaginarios"), las sectas ("Osario"), los niños asesinos ("School Bus") y muchos otros (...) Latorre, además de trazar el itinerario de una narración que no puede desembocar sino en la muerte (como sucedía en ese barco que se perdía en la línea del horizonte en "Los teatros imaginarios"), ha partido de un recurso bien misterioso para dotar a la novela de voz: así, el narrador, una primera persona que jamás regresa, al menos en apariencia, no cuenta nada sobre sí mismo, simplemente sirve para encauzar desde el comienzo la historia, que a partir de entonces se transforma en una tercera persona (...) Una novela como ésta, irrespirable y ominosa, abismada en esa belleza que surge del abismo, a medio camino entre lo hermoso y lo siniestro, es una lección de rigor y autoexigencia.

Hilario J. Rodríguez

Fragmento de la reseña aparecida en la revista La Duda

La última novela de José María Latorre me ha hecho caer en la cuenta de lo mucho que se parecen entre sí su estilo y el del compositor Nino Rota. Por un lado, la exposición no puede ser más nítida, menos dependiente de oscuridades innecesarias o simbolismos forzados. Por otro, todo lo que fluye por debajo de ella es de una densidad tal que no acostumbra a vislumbrarse hasta una segunda o tercera lecturas. La simplicidad deja paso así a la más absoluta complejidad. Y lo que parecía una corriente cristalina y plácida se convierte en un magma impenetrable, provisto de innumerables capas de sentido (...) Por supuesto, la obsesión por el sexo y la muerte propia de la atormentada narrativa de Latorre no sólo vuelve a estar presente, sino que resulta omnipresente. Y el sibilino veneno de su prosa en apariencia tranquila y relajada brilla aquí con más intensidad que nunca, arranca páginas de una belleza letal, culmina en el retrato más espeluznante que concebirse pueda de una sociedad construida sobre la apariencia y la mentira, sobre la patética negación de la única evidencia: el absurdo de la vida y de la condición humana (...) ¿Qué nos puede deparar la novelística de Latorre tras una apuesta tan radical? Lo ignoro, pero sí estoy en condiciones de asegurarles una cosa: aunque no volviera a escribir nada más, las últimas páginas de esta novela arrebatada e inquietante -incluida su asombrosa y emocionante clausura- deberían bastar para poder considerarlo uno de nuestros más arriesgados hombres de letras. Si éste fuera un país normal, quiero decir.

Carlos Losilla

Fragmento de la reseña aparecida en la revista Aragón

José María Latorre ha conseguido un trabajo crítico, lúcido y maestro, una parábola que muestra lo escalofriante que puede llegar a ser la realidad al querer operar en ella una enferma ficción. Gracias al autor de "El hombre de las leyendas" aparecen máscaras que respiran y hablan con un lenguaje propio, limpio y claro, denso en detalles, sabio en conductas. Latorre enriquece el texto con su particular plástica de lo visual y el magnífico ritmo de la acción, musical y operística, en el "rien ne va plus" del inquietante desenlace final, entre castellano e italiano, sito a espacio abierto, terriblemente luminoso.

Carlos Gurpegui

Fragmento de la reseña aparecida en la revista Turia

En plena hegemonía de la trivialización literaria, de la repetición de procedimientos agotados cuyo único objetivo radica en halagar a la crítica para así conseguir el éxito por la vía rápida, Latorre exige a su lector que participe de su esfuerzo creativo, como estimulante forma de subvertir la realidad a su alcance (desde la consideración de la literatura como un instrumento para descubrir lo inexplicable e inextricable de la realidad), de naturaleza vulgar, desvelando así su imagen distorsionada, su podredumbre social, sorprendida en sus ángulos más oscuros, revelando asimismo la miseria de la condición humana, compulsando "lo que Cioran llamaba antípodas del éxtasis o raíces del vacío" (...) Demiurgos convertidos en víctimas, personajes-peones, manipulación, tráfico de ilusiones, fútil rebeldía..., una suerte de microcosmos social y humano, esto es, una sociedad reproducida en pequeña escala, que Latorre disecciona con la precisión del cirujano. Y el encierro funciona como caja de resonancia de un estallido de tensiones, de ira, de celos sexuales, de una espiral de violencia, la realidad hostil se manifiesta en la belicosa actividad de una secta de místicos latinistas y en el incremento de noticias acerca de los crímenes cometidos por niños (tema ya presente en "School Bus"). El ajuste de cuentas de Latorre con una sociedad repugnante y desquiciada se asienta en la imparable sensación de desmoronamiento social y descomposición moral (cf. la derivación hacia el fenómeno de las "snuff movies", esto es, "asesinar en el nombre del deleite erótico") que se adueña de la narración. No es ocioso el hecho de que se acaricie la noción del fin de la civilización (que late en otras novelas del autor: "Palacio de sombras", "Los teatros imaginarios" y "Las trece campanadas"), muy unida a la tríada de temas (sexo, violencia y muerte) que personalizan la obra de Latorre (...) Y todo ello, esa atmósfera de premoniciones, el ambiente rarefacto, la sensación de claustrofobia, transmitido por una prosa densa, frondosa e intensa que recrea la angustia individual y la asfixia colectiva, por un estilo líricamente cruel, de textura visionaria (...) ¿Latorre un escritor fuera del tiempo? En modo alguno. Al contrario, tremendamente apegado, preocupado a la realidad y a la sociedad, pero, eso sí, refractario a la tiranía del pensamiento único (y débil), al dictado de las modas y tendencias en boga, y por ello dueño de su propio destino literario.

Ramón Freixas

Fragmento de la reseña aparecida en el diario Heraldo de Aragón

"El año de la celebración de la carne" es una novela perturbadora, que trata de radiografiar una época en avanzado estado de descomposición, abocada a un derrumbe quizá más próximo de lo que algunos creen. De hecho, la sordidez brutal que destilan estas páginas no es sino el reflejo -matemáticamente deformado, por supuesto- de nuestra propia sociedad. Lúcido y cáustico, José María Latorre pone el dedo en la llaga de la actualidad, sin concesiones a la sociología barata ni elucubraciones apocalípticas. Y para ello se sirve de un lirismo descarnado, recurre a un decorado expresionista y nos presenta una galería de personajes dignos de figurar en una casa de los horrores. En fin: real como la vida misma.

Julio José Ordovás

Fragmento de la reseña aparecida en el semanario Les Noticias, de Asturias

El tan prestigioso crítico de cine como estimulante creador literario José María Latorre se adelantó algunos meses al actual fenómeno "Gran Hermano" con su última novela, "El año de la celebración de la carne", convertida hoy en una de las mayores guías de lecturas de este tipo de programas de televisión y, además, en un lúcido muestrario de claves para la mayor comprensión de esta enloquecida época (...) Latorre analiza la sociedad -la nuestra- claramente marcada por la deshumanización, por la desculturización y por un cada vez más agudo impulso erotanático que la lleva a una serie de muestras de violencia física y obsesión sexual en plena centrifugación, teñidas por un auto-complaciente "voyeurisme" que la enfrenta, tan fascinada como desorientada, a sus propios errores (...) Potenciando la acción con líneas narrativas paralelas, atentas a un grupo terrorista de latinistas místicos que reivindica el uso del latín en la liturgia, a una espeluznante violencia infantil "in crescendo" y a una peligrosa red de distribución de "snuff movies", Latorre sitúa su relato en una Barcelona con visos de universalidad, donde el más mínimo detalle ambiental coadyuva a la configuración de una opresiva atmósfera de onerosa fantasmagoría y onirismo pesadillesco, a la plasmación de un malsano y turbador clima de latente podredumbre. Con "El año de la celebración de la carne", José María Latorre nos ofrece la lúcida crónica de la descomposición de una sociedad a punto de derrumbarse y que, empuñando inmisericorde los medios de comunicación a su servicio, lava el cerebro de sus integrantes embruteciendo con deshonestas basuras reductoras como "El ojo de la verdad" o, lo que ya es lo mismo, como "El Gran Hermano".

José Havel

Publicado en el diario La Nueva España

"El año de la celebración de la carne", de José María Latorre, une a sus indudables calidades literarias la actualidad que su trama argumental tiene (...) No sólo es una novela tocada por la casualidad de una noticia que estos días se produce en Holanda, sino una nueva demostración de la originalidad y la personalidad literaria que tiene tras sí una obra contrastada, inconformista y siempre ori-

ginal. "El año de la celebración de la carne" me ha engullido en sus páginas. Me ha atrapado, hasta el punto de impulsarme a robarle, ¡aún más!, unas horas al sueño. Leo con atención, ya que no es una de esas novelas que se prestan a leerlas a toda velocidad, porque la anécdota es lo único que vale. José María Latorre ha construido su trama sobre un soporte literario en el que confluyen el arte del narrador sólido, con oficio, que domina el idioma por el que transita un mundo cultural rico, todo lo cual no hace más que confirmar las excelentes hechuras de un escritor singular, muy por encima de otros que lo único que tienen tras sí es el trabajo de marketing. Nada más. Premios incluidos.

Julio José Rodríguez Sánchez

"Relatos desde la muerte"

Fragmento de la reseña aparecida en la revista Quimera

Extraordinario conjunto de diez cuentos de estilo "gótico", que avanzan en la innovación del "gótico" moderno y se instalan por derecho propio entre los mejores de este género. Esa modernidad del género -a la exacta manera en que Poe la creó-, se caracteriza, en primer lugar, por traer lo sobrenatural al análisis y observación de la realidad, y, después, por crear desde una sensibilidad, una imaginación y una estética temporales, las del presente en que escribe. Eso hace maravillosamente Latorre en estos diez cuentos, ya titulados para nuestro gozo inicial con nombres o referencias emblemáticos a escenarios o personajes bíblicos o pertenecientes al imaginario del misterio (...) Latorre parece acertar más plenamente que nunca en la escritura de estos diez cuentos, de perfecta sintaxis e impecable construcción.

Raquel Luzárraga Alonso.

Fragmento de la reseña aparecida en la revista Clarín

Con sus "Relatos desde la muerte", José María Latorre retorna al primer plano de la vida literaria acrecentando una personalísima producción narrativa compuesta, entre otras, por obras del atractivo de "Osario", "School Bus", "Huida de la ciudad araña" y "Las trece campanadas". Es un volumen de narraciones breves integrado, a excepción de "Necrológica del patriota", por cuentos de corte fantástico -ámbito no desconocido para nuestro autor-, felizmente trascendidos por una lúcida reflexión tanto acerca de cuestiones intemporales como de asuntos actuales, puesto que Latorre dota a sus textos de una peculiar densidad sorteando el mal que, a menudo, aqueja -no sólo- a la literatura fantástica: agotarse en sí misma, quedándose en la superficie de sus premisas de partida (...) Demostrando una singular habilidad para, con elementos mínimos, configurar personajes profundamente humanos situados en sugestivos ambientes, José María Latorre narra sus historias con un estilo -próximo al de los maestros del cine clásico americano tan queridos por él- sustentado en esas sencillez, sobriedad y contención, no exentas de vetas poéticas, que únicamente se alcanzan con el dominio del oficio que otorga la experiencia. Imbuida de una profunda vocación humanística, "Relatos desde

la muerte" es una ferviente declaración de amor hacia la cultura, así como una no menos contundente exhortación a vivir apasionada e inteligentemente nuestra existencia para que cuando, en un futuro no demasiado lejano, la muerte nos abrace con su eterna, oscura y vacía nada, no sintamos el pos-ter arrepentimiento de no haber exprimido la vida.

José Havel

Fragmento de la reseña aparecida en el diario El País

Latorre propone una genuina colección de cuentos de terror como pocas veces se ven en la literatura hispánica. Los relatos de aventuras clásicos (los de "Las mil y una noches", por ejemplo, a los que se rinde homenaje en este libro), las memorias de Casanova, o el "Satiricón", pasado por el filtro de Fellini, o las novelas de un autor moderno como J. G. Ballard, son referencias inexcusables para valorar su obra. Algunos de los relatos del libro surgen de una referencia cultural para, a continuación, incrementar su significado. Así, en "Lázaro resucitado", el personaje bíblico desde el mismo momento de su resurrección conserva los estigmas de la muerte (su olor y su frialdad le acompañan siempre) y su único afán será reencontrarse con ella. En dos relatos publicados anteriormente en libros colectivos, Latorre da continuidad a personajes preexistentes. En "El faro" se ocupa de continuar el diario de un personaje de Poe en un cuento que se había quedado incompleto. Presenta al personaje afanándose en reunirse con su amada muerta continuando el espíritu de Poe al mismo tiempo que lleva el agua a su molino, contando una historia de purificación por el horror. En "Simbad y la isla de la muerte", uno de los mejores cuentos del libro, Simbad toma la palabra para lamentar la juventud perdida al no haber sabido disfrutar de las aventuras pasadas. Latorre relaciona con gran habilidad lo que conocemos de las aventuras de Simbad con su interés personal por la muerte y los ambientes morbosos. "La calle de los desaparecidos" y "Necrológica del patriota" son otros relatos interesantes. El primero plantea un misterio intelectual y el segundo es un sarcástico elogio funerario de un fanático.

Lluís Satorràs

Fragmento de la reseña aparecida en la revista Leer

Las historias las cuentan personajes que han vuelto, como Lázaro tras ser resucitado por Jesucristo, o que bucean en los tenebrosos lugares de los arcanos misteriosos, como Simbad o Casanova. Pero la fascinación de estos relatos compuestos por Latorre es que están escritos según los estereotipos consagrados en la literatura universal. Lo escatológico y alucinante es materia parva en la que se incide desde muchos puntos de vista. El libro es una buena muestra de la habilidad mimética de Latorre para adaptarse a diversos géneros, además de para hacer alarde de su erudición, sus conocimientos literarios y sus gustos. También una rareza a considerar, pues, que sepamos, en España no hay muchos cultivadores de ese aspecto necrofílico-poético tan común en la literatura anglosajona.

Publicado en el diario La Nueva España

Que a Latorre le gustan el misterio y el terror es algo que se detecta a las primeras de cambio. Sobre estos dos pilares, José María ha sabido levantar buenos libros, y los amantes del género deberían buscar a toda prisa sus novelas con la certeza de que el tratamiento que les da rompe con los consabidos tópicos y lugares comunes del género. "Lázaro resucitado", "La amante de Hamlet", "Simbad y la isla de la muerte", "La revelación de Torino" o "La calle de los desaparecidos" son algunos de estos relatos que demuestran la brillantez madura de un escritor singular.

Julio José Rodríguez Sánchez

"La incógnita del volcán"

Reseña aparecida en la revista Leer, Madrid

Las aventuras a través de la selva virgen de Nueva Guinea, en busca de una sustancia vegetal capaz de curar el mal del siglo, el cáncer, convierte este libro en uno de los clásicos del futuro gracias a la maestría narrativa de su autor, que, a través de una voz conducente de la aventura, presenta las distintas facetas que una expedición como la relatada en la obra presenta a través de los seres humanos que la protagonizan: hay quien se mueve sólo por intereses científicos, y hay quien de paso trata de lucrarse y aprovechar el viaje, mostrando excesivo interés por los ídolos sagrados indígenas. El tono realista y las evocaciones de las nomenclaturas, añadido al equilibrio estructural, han hecho a esta obra merecedora de la categoría de finalista en el Premio de Literatura Juvenil convocado por la editorial que lo publica. El autor, uno de los pocos que ha sabido compatibilizar vocaciones, tal como el cine y la literatura, ha publicado gran número de títulos además de ensayos y estudios de cine. Prolífico y buen narrador, uno de los valores literarios a tener en cuenta y cuyos libros hemos de leer todos, desde los jóvenes hasta los adultos, por el disfrute de una buena historia, sin más.

M^a José Villoria

Fragmento de la reseña aparecida en el diario El País

Una planta que puede curar el cáncer, una criatura mítica -el khalasu- jamás vista por ojos occidentales y un valioso ídolo indígena son los tres objetos de deseo que llevan a los protagonistas de esta novela a internarse en una selva de Nueva Guinea. Utilizando todos los ingredientes de la clásica novela de aventuras, el autor elabora un tenso relato de intriga y exotismo.

Victoria Fernández

Fragmento de la reseña publicada en el Diario de Teruel

A José María Latorre se le notan los conocimientos y el oficio. La última de sus siete novelas juveni-

les compendia los elementos propios en un texto que resulta no ya eficaz, sino brillante. Valiéndose, como en ocasiones anteriores, de un personaje narrador, nos transporta a la remota y agreste selva de Nueva Guinea y urde allí una trama sinuosa en la que tienen cabida la filantropía y la codicia, la audacia y el empecinamiento (...) El joven lector aprenderá ciertas leyes universales a lo largo de esta frenética aventura. Por ejemplo, el respeto a las culturas ancestrales, o la grandeza del sacrificio, virtudes representadas por el guía, Salinger, un occidental desengañado y aclimatado a la isla, probablemente la figura de la novela hacia la que el autor se ha mostrado más favorable. Pero también se aprecia la fuerza redentora del amor, o la energía que genera el espíritu de supervivencia, que es el verdadero ángel de la guarda de Miles, el narrador, en los pasajes más angustiosos del exto. La acción es implacable. No hay respiro. Los riesgos se suceden sin tregua; o, al menos, esa es la sensación que percibimos, acaso porque el estilo posee la genuina solvencia de la narración tradicional, que da alas a la imaginación del lector.

Antonio Losantos

Reseña publicada en la revista Cluj

Tras media vida dedicado a buscar un remedio contra el cáncer, el doctor

Donaldson localiza una planta con posibles poderes curativos en una remota zona de la selva de Nueva Guinea. Junto con dos jóvenes ayudantes organiza una expedición a la que, en el último momento, se une una pareja que dice estar preparando un reportaje sobre el khalasu, una criatura mítica jamás vista por ojos occidentales, pero que, en realidad, intentan robar los rubíes de un ídolo sagrado de los indígenas.

Escenario exótico, peligros, traiciones, personajes bien tipificados -el

ingenuo científico; el adusto jefe de expedición; un "duro" de difícil

pasado; el chico "bueno" y los ambiciosos "malos"- y mucha acción, en una entretenida novela de aventuras, de intriga creciente y satisfactoria

lectura. Obra finalista del Premio Edebé 2000.

Publicado en Britannia.com, magazine Library Journal

A good choice for thrill-seeking young adults.

"Pueblo fantasma"

Reseña aparecida en el diario ABC

Autor de novelas de diversos géneros, Premio Ciudad de Barbastro 1996, Latorre aborda en esta narración un tema atrayente para los lectores ávidos de terror: la lucha contra fuerzas demoníacas y monstruos de las más profundas tinieblas. Bien organizada y bien facturada, con un ritmo argumental sostenido, se inicia mediante una puesta en escena dinámica, de acción y riesgo por parte de Raúl, joven necesitado de dinero que participa en el atraco a una joyería. Sin embargo, esta primera

peripezia cambia a otro orden de cosas nada previsibles cuando él y sus compañeros de delito esperan en un pueblo abandonado de Galicia a que aparezca el comprador de las joyas. A partir de ahí, se suceden las desapariciones y muertes extrañas, y entonces Raúl conoce al ocultista Mario y a su hija Patricia, empeñados en evitar que las infernales criaturas del Mensajero invadan el mundo.

Pablo Barrena

Fragmento de la reseña aparecida en el diario Heraldo de Aragón

Desde que apareció "Una sombra blanca", su primera novela "juvenil", en 1995, su habilidad y rigor no han dejado de sorprender con un filón narrativo que, a lomos de la aventura, consigue conjugar la acción, el suspense, el exotismo ambiental, el conflicto psicológico de los protagonistas o la tensión dramática mediante una destreza para la descripción -sensorial y muy de imagen- y el diálogo. El resultado es, siempre, una prosa sencilla pero sugerente y llena de riqueza que encierra historias apetecibles y llenas de contenido. Pero, sobre todo, Latorre posee una capacidad, increíble y especial, para crear atmósferas y lugares acordes al tema central que ofrece en cada relato. Así en "Pueblo fantasma", se hace visible en el silencio de un pueblo deshabitado, abandonado apresuradamente por sus habitantes y cuya vida, bulliciosa y cotidiana de antaño, ha sido sustituido por una vida anormal e invisible. Mientras que en "La incógnita del volcán" será el aliento de la selva y la oscuridad de los pasadizos debidos a este fenómeno natural quienes atrapen el enorme tirón de la lectura. Se trata de espacios siempre amplios, que acaban constituyéndose como un cerco en torno a los protagonistas.

Ramón Acín

Fragmento de la reseña aparecida en la revista Insomnio

En verano muchos vuelven a sus pueblos en busca del ansiado reposo. Con sobresaltos algunos lo consiguen. Así sucede en "Pueblo fantasma", redonda novela juvenil de conciencias y atmósferas, escrita por José María Latorre. Atracadores somos todos. Como en "Psicosis", el refugio en una Galicia profunda será falso y enfermizo. Allí el Mal abrirá poco a poco sus puertas, presentando al verdadero protagonista de la narración: un pueblo abandonado, preso y domador, a la vez, de un silencioso infierno.

Carlos Gurpegui

"Avventura in cento film"

Publicado en la revista Ciak

A pesar de que no es frecuente que un escritor español publique en otro país la primera edición, original, de uno de sus libros, en España apenas se han enterado de la aparición de este libro en la edi-

torial italiana Le Mani. El propio José María Latorre reconoce que no ha hecho nada por contárselo a nadie. Se trata de un libro nuevo, diferente a "La vuelta al mundo en 80 aventuras", que Latorre publicó hace unos años en España.

Publicado en Giornale dello Spettacolo

"Una volta si chiamava cinema d'avventura. Era un genere onnicomprensivo, dai contorni non ben definiti, ma con alcuni punti fermi: l'esotismo, la tensione, l'uso degli esterni, il conflitto tra personaggi in un contesto storico. Per averne un'idea, è piacevole (e utile) consultare "Avventura in cento film", di José María Latorre (Le Mani, L. 28.000), un elenco ragionato in cento corpose schede di altrettanti caposaldi del fluttuante genere. Da "Il ladro di Bagdad" (1924) a "Corsari" (1995). Certo è che le "funzioni" ricreative del cinema d'avventura nell'era contemporanea sono passate nelle mani del trionfante (almeno dagli '80 a oggi) action-movie".

Massimo Lastrucci

Romanziere, autore di libri per ragazzi, critico cinematografico (è caporedattore della rivista "Dirigido"), lo spagnolo José María Latorre ha raccolto una storia del cinema avventuroso in una selezione antologica di cento film, che vanno da "classici" quali "Robin Hood", "Il corsaro dell'Isola Verde" o "I lancieri di Bengala" a "prove d'autore" come "Addio al re" di John Milius o "Cacciatore bianco, cuore nero" di Clint Eastwood. Cento schede che rappresentano il meglio del cinema avventuroso e che non dimenticano di segnalare l'eredità letteraria che questo cinema ha saputo raccogliere.

L'autore -uno dei più attivi critici spagnoli, nonché romanziere, e autore di libri per ragazzi- osserva che non esistono generi cinematografici allo stato puro a causa della naturale tendenza del cinema a impossessarsi di forme e procedimenti diversi, ma riconosce che la classificazione per generi è di grande comodità nell'identificazione e nello studio del film. E tuttavia, mentre i più sanno -o credono di sapere- che cosa è un western, un poliziesco, una commedia, pochi hanno le idee chiare su che cosa sia veramente il cinema d'avventura, anche se generalmente pensano a una serie di rischi o di sfide affrontate da un protagonista a trasformare in emozione per un'infinità di spettatori. Partendo da queste osservazioni e ragionando sulle componenti d'una possibile mappa dell'avventura, Latorre sceglie -secondo le consuetudini della collana cui il libro appartiene- i "suoi" cento film, da "Il ladro di Bagdad" di Walsh (1924) a "Corsari" di Harlin (1995). Se diciamo che Hathaway è in testa con sette titoli, seguito da Curtiz con cinque, le coordinate del percorso latorriano dovrebbero risultare già abbastanza definite.

Enzo Natta

